

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 918.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

Al presente número acompaña el número 16 de la Moda.

SUMARIO.

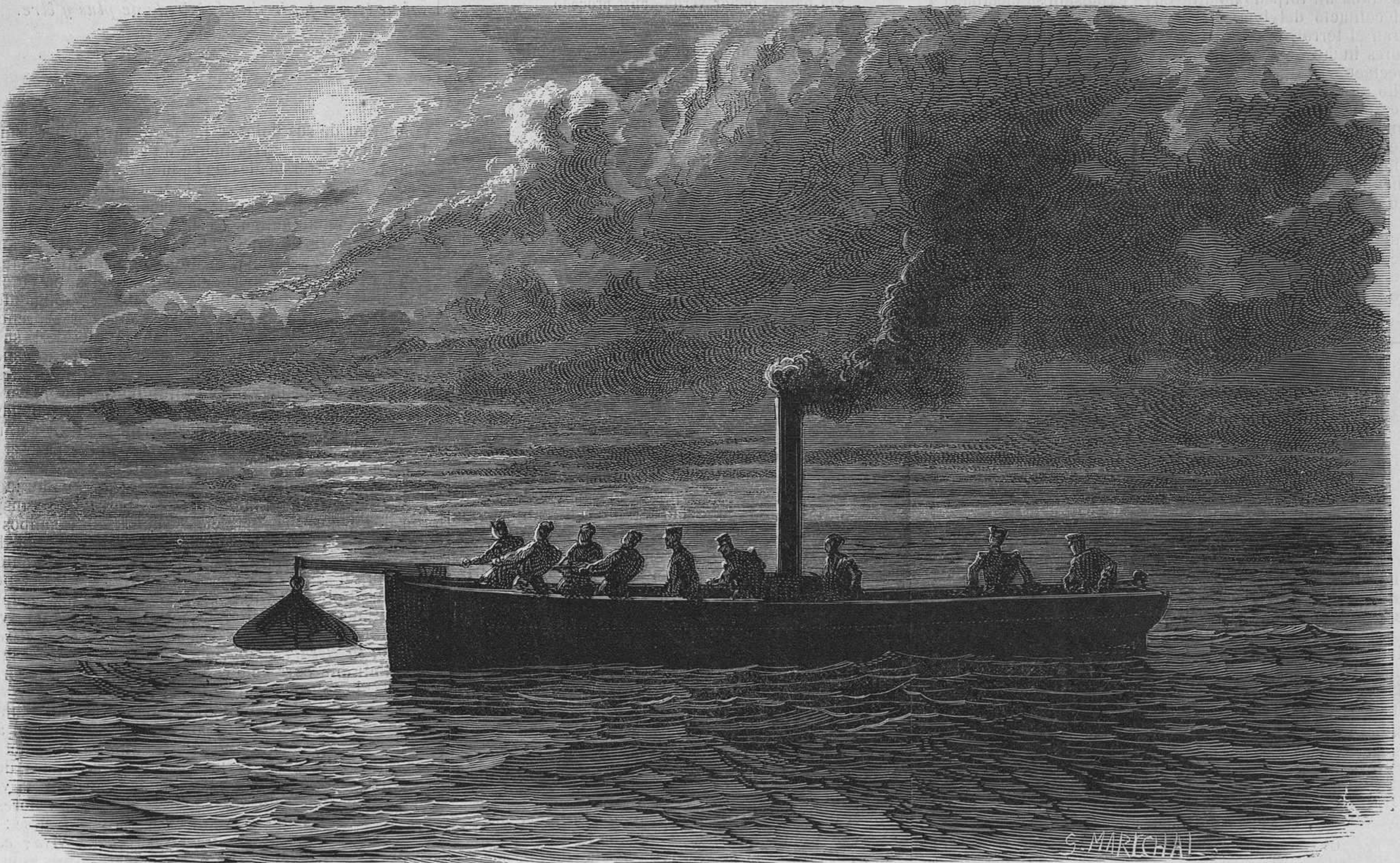
Los Torpedos; grabados. — **Poetas líricos del siglo XIX.** — **La guerra ilustrada**; grabados. — **Concentración de tropas.** — **Una estación entre Metz y Forbach**; grabado. — **Destacamento en marcha para el campamento del Ban San Martín**; grabado. — **Revista de París.** — **Poesías.** — **Los generales prusianos**; grabados. — **De Villahermosa á la China.** — **Armamento del fuerte San Julian, cerca de Metz**; grabado. — **La aldea de Sierck, cerca de Thionville, frontera francesa**; grabado. — **Los alistamientos voluntarios**; grabado. — **Escenas de la vida inglesa.** — **Cuartel general del general Frossard**; grabado.

Los torpedos.

La Francia tiene en Boyardille, isla de Oleron, un establecimiento especialmente consagrado á la fabricacion de esas máquinas infernales para hacer saltar los buques, á que se ha dado el nombre de *torpedos*, y allí se hacen estudios tanto sobre los efectos que producen, como sobre el papel que pueden desempeñar en la guerra. Los efectos son terribles. Puede juzgarse por el dibujo que publicamos, y que representa *de visu* la explosión de uno de ellos. No hay buque, por acorazado

que sea, capaz de resistir tales explosiones, cuando se efectúan oportunamente, y la ciencia ha hecho hoy tales progresos, que siempre pueden verificarse en esas condiciones.

La idea primera de atacar á un buque en su parte sumergida mediante una provision de pólvora destinada á destruirla, es de fines del siglo último, y se debe á un americano David Buttnell. Despues Fulton prosiguió la ejecucion con el auxilio de Pitt; pero aunque se hicieron experiencias con buen resultado, la invencion quedó en el olvido. « Pitt, dice el conde de Saint-Vincent, en presencia de resultados fulminantes, ha sido



LOS TORPEDOS — Embarcacion de vapor colocando un torpedo.

un gran loco en fomentar un modo de guerra que no necesitan los que tienen la supremacía en los mares, y que de adoptarse la perderían.»

En 1840 el coronel Samuel Colt, al emplear la electricidad para determinar la explosión de los torpedos sumergidos, resolvió el problema de la ignición á larga distancia, que hasta entonces se había buscado en vano. Sin embargo, los torpedos que emplearon los rusos en 1854 no produjeron efecto. Donde se pudo juzgar lo que valen fué en la guerra de los Estados Unidos: allí produjeron efectos verdaderamente espantosos.

Tres formas defensivas se adoptaron: los torpedos de atajo, los flotantes y los eléctricos. Los primeros servían para cerrar los pasos angostos ó poco hondos; los segundos, que generalmente se hacían con un barrilete, fueron sembrados por los separatistas en el camino que debían seguir las cañoneras federales. Estos últimos variaban mucho de forma y se empleaban de diversos modos. «En 1864, dice el *Times*, mientras los federales estaban ocupados en City-Point en descargar municiones de guerra, un hombre llegaba tranquilamente y dejaba sobre el puente de un buque cargado de pólvora una caja de madera que no era otra cosa que un torpedo con maquinaria de reloj: algunos instantes después una terrible explosión destruía los wharfs, los almacenes y cuantos buques estaban próximos.» Finalmente, los torpedos eléctricos, aplicados sobre todo á la defensa de los puertos, se componían de una caja de hierro de caldera de tres cuartos de pulgada.

Con tales instrumentos destruyeron sucesivamente ó pusieron fuera de combate, el *Cairo*, buque de coraza, el monitor *Montauk*, el *Baron de Kalb*, cañonera de coraza, el transporte *Maple Leaf*, el buque de coraza *Eastport*, la cañonera *Comodoro Jones*, el monitor *Tecumseh* y otros.

Observación notable: mientras tantos monitores y otros buques de guerra eran destruidos por los torpedos, ningún navío se perdía y muy pocos quedaban averiados por la más terrible artillería que se haya visto hasta entonces. ¡Júzguese pues, lo que valen los torpedos! Gracias á las mejoras que se han hecho después, se puede decir que han producido hoy una revolución radical en el sistema de defensa de las costas.

Pero no solo sirven para la defensa, sino que sirven también para el ataque. Hay torpedos defensivos y ofensivos que usaron los separatistas en 1863 y 1864 contra la flota federal. Tenían pues, el *ariete-torpedo*, empleado en Richemond y en Charleston, y luego los *David*s, así llamados por su pequeñez, comparados con los *Goliath*s de los mares que debían combatir. Su primer ataque fué dirigido contra el *New-Ironsides* el 5 de octubre de 1863, y salió bien. Eran de hierro de caldera y tenían la forma de barcos-cigarros. La corbeta de vapor *Housatonic* fué su segunda víctima. El torpedo del *David* hizo explosión y el buque se hundió en las aguas. El general confederado Maury ha hecho la descripción del *David*, autor de aquella hazaña. Tenía 35 pies de largo y nueve hombres de tripulación. Se podía sumergir á cierta profundidad ó se maniobraba en la superficie. Operaba pasando debajo de los buques anclados, y arastraba un torpedo flotante cuya explosión se efectuaba al contacto del buque. Estas pequeñas embarcaciones eran el terror de la flota federal. Los principales monitores huían de ellas así que las señalaban. «Era un espectáculo curioso y nuevo, dice M. Barbés, que ha hecho un estudio muy interesante sobre los torpedos, el ver una hermosa fragata poderosamente armada, con una tripulación de 700 hombres, que tenía que huir delante de cuatro hombres que iban en una embarcación de menos de una tonelada de carga, y cuyo armamento consistía en algunas libras de pólvora á la punta de un palo.»

¿Qué resultados pues, no deben hoy esperarse de esas embarcaciones mejoradas? En Francia hay también torpedos ofensivos, hechos en secreto, como las ametralladoras, y que no conoceremos hasta que podamos hablar de sus resultados.

P. D.

Poetas líricos del siglo XIX.

LEOPARDI.

(Continuación. — Véase el número 918.)

El silencio de los astros nos ha dejado en la misma duda que las respuestas de los sabios: ese silencio equivale á decir: lo ignoro, porque en efecto, el universo se ignora á sí mismo.

La naturaleza es menos que mortal, es muerta: vivir es sentir y tener conciencia, y el universo es un inmenso autómatas que se agita en los piélagos del vacío. ¿Cómo ha de responder ese vacío, cuando con el pastor le dirijamos estas sublimes preguntas que contienen el secreto de todas las ciencias?

Spesso quand'io ti miro
Star così muta in sul deserto piano,
Che, in suo giro lontano, al ciel confina;
Ower con la mia greggia
Seguirmi viaggiando a mano a mano;

E quando miro in cielo arder le stelle;
Dico fra me pensando:
A che tante facelle?
Che fa l'aria infinita e quel profondo
Infinito seren? che vuol dir questa
Solitudine immensa? ed io che sono?
Così meco ragiono; e della stanza
Smisurata e superba,
E delle innumerabile famiglia;
Poi di tanto adoprare, di tanti moti
D'ogni celeste, ogni terrena cosa,
Girando senza posa,
Per tornar sempre là donde son mosse;
Uso alcuno, alcun frutto
Indovinar non so. Ma tu per certo,
Giovinetta immortal, conosci il tutto.
Questo io conosco e sento,
Che degli eterni giri,
Che dell'esser mio frale,
Qualche bene o contento
Avrà fors'altri; a me la vita é male.

El sencillo canto del pastor contiene todo el escepticismo del siglo: este gracioso y delicado idilio, esta encantadora égloga en que el pastor habla por la humanidad y en que el paisaje es el universo, es una de las más originales y profundas composiciones de Leopardi.

Así como contemplando el firmamento el poeta sentía las dudas y dirigía las preguntas de su pastor, al contemplar la naturaleza destructora, esa naturaleza reina en otro tiempo y diosa, que hablaba sin levantar su misterioso velo, deplora en su canción *la Primavera*, la muerte de las fábulas mitológicas que poblaban el mundo de agentes misteriosos, de las risueñas figuras del mundo mítico. En el *Bajorellieve* y en el *Retrato de una hermosa*, canta la ceguedad de esa naturaleza que destruye la hermosura y que separa sin piedad los seres más queridos. Pero donde aparece formulada de un modo más poético y grandioso esta idea de la destrucción de la naturaleza, es en *la Ginestra*, *la Retama* ó *la Flor del desierto*, magnífica elegía en que nos pinta con sombríos colores la cumbre del Vesubio exterminador, donde brota la flor solitaria destinada á morir abrasada por la lava. La naturaleza, implacable enemiga, madrastra más que madre, es como ese Vesubio amenazador; la humanidad es como esa florecilla que crece al borde del inmenso cráter de la destrucción, y sin embargo, en su orgullo se atreve á jactarse de su grandeza, de su inmortalidad.

Così, dall'uomo ignara, e dell'etadi
Ch'ei chiama antiche, e del seguir che fanno
Dopo gli avi i nepoti,
Sta natura ognor verde, anzi procede
Per sì lungo cammino,
Che sembra star. Caggiono y regni intanto,
Passan genti é linguaggi: ella nol vede:
E l'uom d'eternità s'aroga il vanto.

El modo de considerar Leopardi la vida y la naturaleza, le habían llevado á una moral que Gioberti llama moral de la desesperación; á mirar el amor, la fortuna, el hado y la gloria como ciegos é invencibles; á despreciar la vida y á mirar en el puñal el único salvador, el vengador de tanta tiranía é injusticia, en la muerte la única esperanza del hombre.

Romeo no amó á Julieta, Abelardo no adoró á Heloisa con más vehemencia que Leopardi á la sombra augusta, la fiel y hermosa prometida que se llama la Muerte. Enamorado de tal deidad, el amante ha coronado la frente de esta dulce amada con la corona perfumada, con la aureola esplendente de su más exquisita poesía.

La canción *el Amor y la Muerte*, es acaso la obra maestra de Leopardi. El Amor y la Muerte son hermanos, nacieron en un mismo día: ni en los astros, ni en el mundo, hay dos seres más hermosos que estas dos maravillosas criaturas. La Muerte es una *bellissima fanciulla, dolce a veder*, y que va siempre unida al Amor: él da todos los bienes; ella quita todos los males: son, pues, la síntesis de la felicidad humana, los únicos que casi igualan al poder del destino, los dos únicos que levantan á la humanidad de su bajeza y la fortalecen en su miseria. El amor da valor é inspira el deseo de morir, porque aquí en la tierra no se encuentra la nueva, sola, infinita felicidad que finge el pensamiento al amante á quien estos dos amigos y protectores de la familia humana han ofrecido sus dulcísimos dones.

Que la muerte es el mayor bien de la vida, es casi el resumen de toda la filosofía cristiana. Aun para los paganos la muerte era un alto don de los dioses, y ya Menandro había dicho:

On oi dei filousin apodneskei neos.

Pero el místico-pagano Leopardi no abrigaba las esperanzas cristianas ni paganas: amaba la muerte por sí misma, porque era la paz, el reposo, el ovido, el sueño, la nada. Por eso la invoca con frenesí, casi con el sen-

sualismo del enamorado, con el valor del estóico, con el fervor del idólatra.

E tu, cui già dal cominciar degli anni
Sempre onorata invoco,
Bella Morte, pietosa
Tu sola al mondo dei terreni affanni,
Se celebrata mai
Fosti da me, s'al tuo divino stato
L'onte del volgo ingrato
Ricompensar tentai,
Non tardar più, t'inchina
A disusati preghi,
Chiudi alla luce omai
Questi occhi tristi, o dell'età reina.
Me certo troverai, qual si sia l'ora
Che tu le penne al mio pregar despieghi,
Erta la fronte, armato,
E renitente al fato,
La man che flagellando si colora
Nel mio sangue innocente
Non ricolmar di lode,
Non benedir, com'usa
Per antica viltà l'umana gente;
Ogni vana speranza onde consola
Se col fanciulli il mondo,
Ogni conforto stolto
Gittar da me; null'altro in alcun tempo
Sperar, se non te sola;
Solo aspettar sereno
Quel di ch'io pieghi addormentato il volto
Nel tuo virgineo seno.

Tanto amor á la muerte naturalmente había de hacer surgir en mil ocasiones la terrible y tentadora idea del suicidio. Leopardi tuvo siempre esta idea, pero, ó por debilidad ó por exceso de entereza, nunca la consumó. Su diálogo entre *Porfirio* y *Plotino*, algunas de sus cartas y su poesía *los Recuerdos*, muestran la eterna tentación que le perseguía. Y en verdad que si en alguien era lógica y natural tal tentación, era en él que reconcentraba en su corazón las causas y pretextos de todos los suicidas. Su razón había resuelto en sentido negativo el *to be or not to be* skakespeareano; llevaba en su corazón el *insecto mortal* de que habla Goethe, la honda tristeza del Stagyra de San Juan Crisóstomo, la amorosa idealidad de Werther, las amarguras de Chatterton, el *tedium vitæ* en el alma, todos los dolores físicos en el cuerpo martirizado, y sobre todo esto el irresistible *fastidio* que devoraba á madama du Deffand, aquella mujer superior, que atormentada por su prodigiosa inteligencia, deseaba *n'être plus ici-bas, et en même temps jouir du plaisir de ne plus y être*.

V.

A pesar de sus dolores, Leopardi tuvo el heroísmo de resignarse á vivir, y la fuerza de voluntad para tratar de vencer las adversidades de la suerte. En 1827, saliendo, nuevo Lázaro, de la tumba de Recanati, fué á Bolonia y de allí á Florencia, donde fué acogido como maestro y agasajado como amigo. En la hermosa ciudad que baña el Arno, la dulzura del trato, el esplendor de una naturaleza risueña y lozana, le hicieron vislumbrar la imagen de la felicidad; pero sus males físicos, su enfermedad de la vista, que le impedía trabajar, obligándole á salir solo de noche, le forzaron á dejar á Florencia y establecerse en Pisa, donde, como dice Ranieri, su más íntimo amigo, la paz, la quietud, el plácido silencio, la alegre soledad, los soles templados y casi orientales del invierno, y la primavera, le infundieron un nuevo rayo de vida y la esperanza renació en su pecho petrificado. De allí volvió á Florencia, hasta el mes de noviembre en que volvió á sepultarse en Recanati, donde pasó el horrible invierno de 1829 y el de 1830.

El pasajero renacer que había sentido en Florencia y la nueva muerte que le devoró en Recanati, le inspiraron dos de sus más perfectas y admirables composiciones. El infeliz que en el seno de la tristeza había llegado á la *athumia*, último grado del anonadamiento del espíritu, al sentirse renacer, al aspirar las auras perfumadas, al oír los cantares, al contemplar los esplendores del cielo florentino, despertó de su letargo, y con un entusiasmo y alegría desconocidos canta *el Risorgimento*, *la Resurrección*, poesía brillantísima, original, de admirable corrección; último latido de su corazón paralizado, última sonrisa de su rostro marchito.

El metro ligero, bullicioso, armónico, ondulante, brota en *el Risorgimento* con una fuerza, con un arrebatado y una vivacidad, que indica cómo el alma del cantor renace semejante á un arroyo que, después de un frío invierno, se deshíela al calor de la primavera y corre cantando, murmurando sobre un cauce de flores. El arroyo en su espumante murmullo parece decirse: «he sido hielo mudo y frío; ahora soy agua viva; corro, canto, retrato el cielo, la luz, en mis iris y mis espumas, fecundo la tierra, pero, ¡ay! voy á morir al mar.» El

alma de Leopardi no era el pantano cuyos gérmenes están corrompidos y se han tornado fango; su *atonía* era el hielo que conservaba petrificada su pureza cristalina, capaz de deshelarse al primaveral calor de una ilusión. El sol de Florencia, con un rayo de vida desheló el cristal de su pecho, y el poeta, arroyo de inspiración, murmuró su melodioso cántico. En su alegría melancólica, el corazón se sorprendió de sus propios latidos, la mente de sus insólitas alegrías.

Se al ciel, s'ai verdi margini,
Ovunque il guardo mira,
Tutto un dolor mi spira
Tutto un piacer mi dá.

Meco ritorna a vivere
La spiaggia, il bosco, il monte;
Parla al mio core il fonte
Meco favella il mar.

Chi mi ridona il piangere
Dopo cotanto obbligo?
E come al guardo mio
Cangiato il mondo appar?

Forse la speme, o povero
Mio cor, ti volse un riso?
Ahi della speme il viso
Io non vedro mai più.

En medio de su alegría, el dolor viene á oscurecer este magnífico canto de la vida. El poeta se estremece al aspecto de la naturaleza; pero no se fia de sus halagos, sabe que es su enemiga.

So che natura é sorda,
Che miserar non sa.

Apagada pronto la fugaz llamarada de su resurrección, cayó Leopardi de nuevo en su melancolía, y se entonó su canto de muerte en *te Ricordanze*, los recuerdos, únicas flores que quedaban en el erial de su alma. En esta dulcísima y patética elegía, hace la última evocación de su dolorosa historia; su niñez enfermiza, su juventud estéril, sus sueños desvanecidos, sus ilusiones perdidas, sus esperanzas muertas, sus castos é inocentes amores nunca satisfechos, todo cuanto constituye la dura trama de sus días, surge á su vista y le arrancan el sublime y postrer lamento. Los *Recuerdos* son el último canto del cisne, son su biografía y su testamento. Nunca la desesperación y la melancolía han inspirado acentos tan dulces como los de esta sencilla, pintoresca y elegante composición, cuya lectura enternece el ánimo profundamente.

Atormentado por sus dolores, en todas partes se hallaba mal Leopardi. No era Recanati la causa de su disgusto: es que siempre y doquiera se encontrará mal, quien, como él, lleva el malestar dentro de sí mismo, y nunca ha de hallar en la tierra su verdadera patria. Dando un adiós, que debía ser el último, á su familia, salió para siempre de aquella aborrecida ciudad, volviendo á Florencia, donde vivió en compañía de amigos sabios y verdaderos. Pero aun allí la naturaleza, enemiga implacable, devoraba su propia obra, aquella maravillosa criatura.

El estado de la salud de Leopardi, como nos le presenta su biógrafo y amigo, era verdaderamente lastimoso. Los huesos se reblandecían y deshacían cada vez mas, negando su débil sosten á las miserables carnes que los cubrían; estas adelgazaban y se esterilizaban de día en día; porque las vísceras de la nutrición rehusaban asimilarse los alimentos. Los pulmones, oprimidos en espacio angosto, y no del todo sanos, se dilataban con trabajo. El corazón se libraba con dificultad de la linfa, y una penosa reabsorción le oprimía; la sangre, mal renovada por la escasa y fatigosa respiración, circulaba, fría, clara, blanca y lentísima por las débiles venas. En suma, todo el misterioso círculo de la vida que con tanta tensión se movía, á cada instante parecía que iba á detenerse para siempre. Quizás la espina dorsal, principio y fin de ese círculo, había absorbido todas las fuerzas vitales y consumido ella sola lo que estaba destinado á nutrirlo todo y por largo tiempo. La vida de Leopardi no era, como en todos, un lento caminar, sino un rápido precipitarse hácia la muerte.

De Florencia pasó á Roma á causa de sus males, y á poco tuvo que volver de nuevo á Florencia. No hace á nuestro intento pintar sus sufrimientos en esta época de su vida. Baste decir que en medio de sus dolores físicos, la pobreza le redujo á tal estrechez, que violentando su orgullo y sus propósitos, se vió en la necesidad de escribir á su padre una admirable y elocuentísima carta invocando su ayuda; carta que al fin produjo resultado, pues el conde accedió á señalar una corta pensión á su desventurado hijo.

Asegurada así una modestísima independencia, fué el pobre enfermo, por consejo de los médicos, á establecerse en Nápoles en 1833. La salubridad del aire, la magia risueña del panorama, que hace de Nápoles uno de los edenes del mundo, la benignidad del clima, el trato con los mas doctos extranjeros y sabios residentes en Nápo-

les, todo esto reanimó el cuerpo y el espíritu del enfermo, y dió algunas esperanzas de curación. Paseaba por los deliciosos Pausilipo, Mergellina, Pozzuoli y Cuma, y allí sentía renacer sus fuerzas. Mas desde su ventana, en la colina de Capodimonte, veía la cumbre del Vesubio, recordándole que como la *ginebra*, él también, flor delicada en el desierto de la vida, pronto sería arrebatao por otra lava invisible y destructora que brota de los secretos volcanes de la muerte.

Lava terrible de esos volcanes, fué el cólera morbo que en 1836 se desarrolló en Nápoles. Leopardi se retiró al campo, donde permaneció hasta febrero de 1837, en que volvió á Capodimonte. Aquí, así como en el campo se manifestaron síntomas de tisis, se declararon mas los síntomas mortales de la hidropesía.

La muerte, la hermosa prometida del poeta, se preparaba á colmar sus votos, á darle el beso de amante y cerrar sus ojos á la luz del día. A las cinco de la tarde del 14 de junio de 1837, un carruaje aguardaba á Leopardi para conducirle al campo, última esperanza de salvación, cuando el agua, que ya habia invadido las vías del corazón, rompió el envoltorio que la contenía, é inundando aquel corazón, arrebató el aliento á aquel hombre superior que entregó sonriendo la pesada carga de la vida, y al morir solo pidió, como el gran Goethe, ver la luz, la hermosa luz, el primer elemento, la primer maravilla, la única alma divina de la creación.

El cantor de la muerte habia celebrado su himeneo con la hermana del amor, é inclinó por fin la atormentada cabeza en el *virgineo seno* de la casta y fiel esposa que le guarda un eterno sueño en el lecho nupcial de su sepulcro.

Fué Leopardi de mediana estatura, delgado de carnes, algo encorvado, de color blanco pálido, cabeza grande, frente ancha y cuadrada, ojos lánguidos y azules, nariz afilada, facciones delicadas, pronunciación modesta y algo ronca, y de una sonrisa inefable y casi celestial; así le pinta su inseparable Ranieri.

VI.

Hemos visto morir al desesperado cantor de *Bruto y Safo*, y no hemos hablado de uno de los sentimientos mas profundos é inherente á toda alma de poeta. El amor, en efecto, para casi todos los grandes poetas constituye una parte esencial de su vida, y es quizás la fuente primera de todas sus inspiraciones. Raro es el gran poeta que no ha asociado á la inmortalidad de su nombre el de alguna mujer y ha hecho de ella el centro de atracción de todas sus pasiones, el punto de partida de todos sus mas altos conceptos.

¿Cumplió Leopardi ese fin de la vida? ¿Amó? ¿Cifró en alguna mujer sus esperanzas? ¿Sintió por ella los latidos de la pasión? ¿Hizo de algun nombre femenino el rayo purificador de su amarga poesía?

Sí; Leopardi amó, pero el amor, como todo para él, fué raudal de tristezas y dolores. Los nombres de Sylvia, Aspasía y Nerina suenan como suspiros dulcísimos entre los gritos de su perpétua agonía; son la vibración de la cuerda sensible de su ternura; pero ¡ay! esos nombres representan las ansias, el infinito anhelo, el hambre celeste de un corazón nunca saciado, y encerrado en un cuerpo para quien la palabra amor era un terrible y amarguísimo sarcasmo.

En 1817, Leopardi amó y no fué amado. En su poesía *el Primer amor*, canta el primer latido de su corazón de diez y ocho años; pinta el dolor de una separación: su amada se aleja de él ignorando los tormentos del amante inexperto, que creyó ya imposible otro amor en la vida. Su primer amor era tan puro como inocente; el corazón no habia perdido todavía esa primera flor de la fe que pronto agosta la perfidia femenina.

Al cielo, a voi, gentili anime, io giuro
Che voglia non m'entró bassa nel petto,
Ch'arsi di foco intaminato e puro.

En el profundo y melancólico canto *la Noche del día de fiesta*, el poeta á la luz de la luna, se queja de la herida que le ha abierto en el pecho durante la fiesta del día una mujer hermosa, que duerme tranquila, mientras él, desesperado, se revuelca, y grita, y pregunta cuánto tiempo le queda de vida, y contempla cómo todo pasa en el mundo.

¡Nuevo tormento de un amor ignorado, amargura de no poder gozar mientras gozan los demás los dones de la juventud risueña!

En *el Sueño*, el fantasma de la mujer amada, nacida como él al dolor y muerta en la flor de sus años, se le aparece al infeliz amante, y cuando este en su febril delirio va á imprimir ardientes besos en la mano de la adorada sombra, la sublime visión se desvanece y con ella la fugaz esperanza, el cruel engaño que los sentidos fingen al enamorado poeta. Aunque el fuego de este amor se extinguió, y el corazón quedó helado, en la *Vida solitaria* los recuerdos persiguen al amante.

En una de sus estancias en Florencia, Leopardi amó, y por causa de este amor hubo de marcharse á Roma, sin que por sus cartas, en que vagamente hace referencia de ello, pueda penetrarse del misterio de esta nueva pasión. ¿Hará alusión á ella el canto á *Aspasía*? Esta apasionada poesía parece indicar que en esta ocasión el poeta amó mas terrenalmente y no se mantuvo en los puros éxtasis de la idealidad. Respiran los versos cierto

delicado sensualismo: la *arcana valuttá* que circundaba á la angélica forma de Aspasía, hubo de trastornarle y hacerle sentir la debilidad humana. Quizás era la primera tentación de la carne que rindió al ideólogo amante, pues aquella mujer fué la única que doblegó su altiva cabeza y su indómito corazón: ella sola le vió llorar, suplicante, é inclinar el cuello á ese yugo tan dulce como temible que impone la caprichosa y tiránica soberanía de una mujer hermosa. Pero este amor, aunque vehemente, fué casto y puro, y el amor negó sus mas preciosos dones: él hizo comprender á Leopardi la inferioridad del alma de la mujer, que no sabe ni apreciar aquello mismo que con su hermosura inspira al hombre. Esta triste experiencia quizá le dió valor para sacudir el yugo y recobrar con placer la libertad perdida, el pleno dominio de sí mismo.

Otro amor mas tierno y apacible es el que aparece en la bellísima y elegante canción á *Sylvia*: es el amor íntimo, pero tranquilo, que cifra toda su dulzura, su idealidad, su encanto, precisamente en la sencillez, al parecer prosaica, de la vida doméstica; ese amor sin luchas ni agitaciones, que busca la dicha antes que el placer, y cuyo supremo instante es aquel en que el hombre, apoyada castamente la cabeza sobre el seno de la mujer amada, y contando los latidos del corazón, se mece en ese sueño-éxtasis, durante el que el delirio reviste la forma de arrobamiento y meditación, y la identificación de dos almas se verifica en el púdico beso de dos miradas, en el tierno pacto de dos lágrimas.

La cándida y hermosa Sylvia, la Margarita del imberbe Fausto de Recanati, murió en la flor de sus verdes años, ignorando la pasión secreta del poeta que la inmortalizó con unos cuantos versos.

Solo otra mujer podia consolar al solitario y afligido amante de Sylvia. Nerina fué esa mujer; pero tambien Nerina murió en el esplendor de su juventud, y el final de los *Recuerdos* pinta la intensa tristeza de aquel corazón, huérfano de sus mas puros amores. Hubiérase dicho que Sylvia y Nerina habian recibido el abrazo fatal del cantor de la Muerte, y que, á su solo contacto, se habian marchitado y abandonado la tierra como dos ángeles del cielo del ideal.

Muerto el corazón de Leopardi al perder los genios tutelares de su alegría, el amor abandonó el desierto pecho y se refugió en el cerebro, centro natural de toda la vitalidad de aquel sublime pensador. Allí se torna el *amor-idea* que aparece en el *Canto de su Dama*, tipo soñado y sin realidad corpórea; se convierte en el *Pensiero Dominante*, el pensamiento único, dulcísimo, poderoso dominador de su mente, que se sobrepone á todos los demás, como torre en solitario campo. Desde entonces el amor de Leopardi es el amor platónico, el amor metafísico, el amor estético que impera en todos los actos, depura todos los afectos, embellece todas las contemplaciones, y como sello divino impone la augusta imagen de la belleza, el puro aroma del arte en todas las esencias de la vida, en todas las formas universales: en una palabra, es Eros, el dios alado, tornado en Pteron, ó sea el que da alas.

Leopardi amó inmensa y extraordinariamente, pero su pasión revistió al fin la impassibilidad angélica que se atribuye á los querubines; por eso á su acento le falta calor, y su poesía tiene solo el resplandor de un rayo celeste. Nunca este dolorido poeta tocó la realidad de sus visiones. La estatua de este Pygmalion siempre fué mármol puro y frío; su Galatea jamás se tornó carne con el soplo animador de la vida. El infeliz amante ignoró ese don del amor que se llama placer; nunca saboreó el néctar embriagador de una caricia. Era feo, era débil; la enfermedad le habia abrumado con todas las impotencias corporales al lado de todas las energías del alma. Las mujeres aman la carne, la forma, la fuerza, la juventud, y á veces hasta la grosera vulgaridad: ¿cómo habian de amar ellas el frágil cuerpo de un filósofo, de un poeta tísico ó hidrópico, sin vigor para las voraces exigencias del amor? Una compasiva y simpática benevolencia era cuanto podían otorgar al infeliz amante, para quien era fin lo que en otros principio, posesión lo que en los demás promesa.

(Se continuará.)

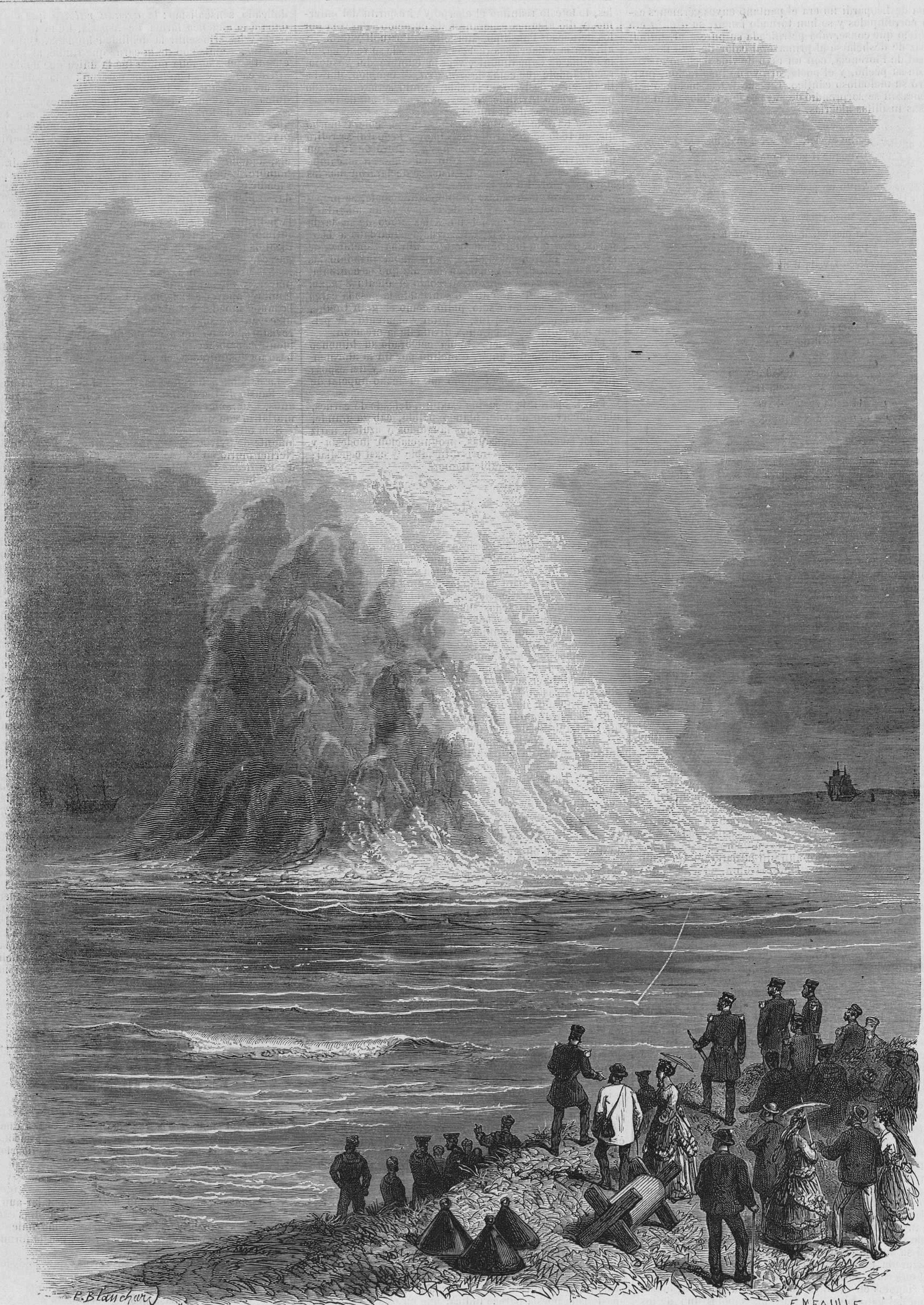
La Guerra Ilustrada.

El movimiento militar en la frontera francesa. — Los campamentos y los fuertes. — Las alertas en el campamento. — Proclama del emperador al ejército. — La distribución y el mando de las tropas francesas.

Ningun hecho de armas tenemos que señalar aun: seguimos en los preliminares de la guerra. Nuestras correspondencias ponen de manifiesto el gran movimiento de estos preparativos, emprendidos en una escala formidable.

De Metz nos escriben que no se ve mas que soldados en las casas, en los hoteles, en las calles.

Metz es una gran plaza fuerte, muy imponente, con su cerco de murallas bastionadas, sus fosos anchos y profundos, sus siete puertas y todos sus fuertes, el fuerte Belle-Croix, el fuerte Moselle, el de Carrieres, el del



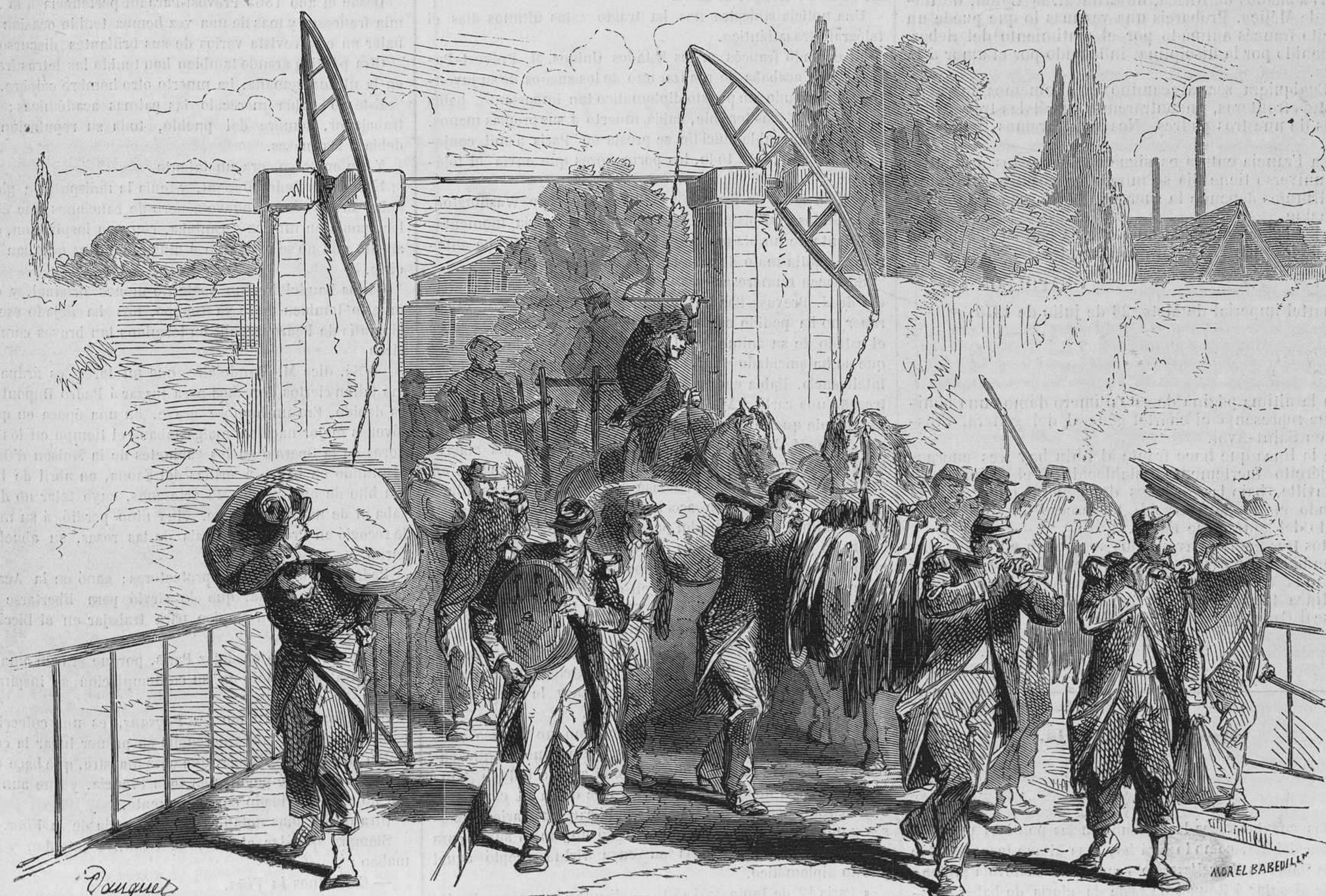
E. Blanchard

F. MEAULLE

LOS TORPEDOS. — Explosion de un torpedo. — Dibujo hecho con vista de las experiencias de Boyardille (isla de Oleron).



LA GUERRA. — Concentraci3n de tropas. — Una estacion entre Metz y Forbach.



LA GUERRA. — Destacamento en marcha para el campamento del Ban San Martin.

Danguet

MOREL BABEUILLE

monte San Quintin, el San Julian, el de Queuleuéc... Es lo que se llama una ciudad guerrera.

*
**

Se han establecido dos campamentos por ambos lados de Metz, el uno en el Ban San Martin (cuatro regimientos de línea y un batallón de cazadores), y el otro en el polígono (cuatro ó cinco regimientos de línea, una batería de artillería y un batallón de cazadores).

El Ban San Martin es un polígono irregular con grandes árboles, dominado por el fuerte San Quintin y el de Carrieres. Todo ese sitio está lleno de tiendas, y reina en él una animación continua.

También están armados el fuerte de San Julian, que dista de Metz mas de una legua.

El fuerte San Julian ocupa una posición dominante que domina toda la campiña al nordeste de Metz. Excepto el cuartel que se halla á un lado, está concluido. Se principió en 1868 y ahora le arman con piezas de sitio y de campaña, con obuses y con todo el material de un fuerte.

*
**

De Thionville á la frontera se está en pleno país de guerra. De día y de noche no se encuentran mas que patrullas. Desde la aduana, á 2 kilómetros de Sierck, se ven pasar de tiempo en tiempo vigilantes prusianos.

En los campamentos los soldados hacen su vida ordinaria.

De cuando en cuando hay alguna alerta. Ha habido una en Sierck bastante graciosa. De repente se oye un ruido de pisadas de caballos; son los prusianos. Todo el mundo acude á las armas y se preparan á rechazar vigorosamente al enemigo. Miran, y con efecto, eran seis prusianos... seis desertores, de los cuales se encargó la gendarmería.

*
**

Se está preparando en Metz el palacio de la prefectura para recibir al emperador, cuya proclama acaba de darse á luz: la multitud la lee ávidamente.

Hé aquí su contenido:

« Soldados:

» Vengo á ponerme á vuestro frente para defender el honor y el suelo de la patria.

» Vais á combatir con uno de los mejores ejércitos de Europa, pero otros que valian tanto como él no han podido resistir á vuestra bravura. Lo mismo sucederá hoy.

» La guerra que empieza será larga y penosa, porque se hará en un teatro erizado de obstáculos y fortalezas; pero nada hay por cima de los esfuerzos perseverantes de los soldados de Africa, de Crimea, de China, de Italia y de Méjico. Probareis una vez mas lo que puede un ejército francés animado por el sentimiento del deber, mantenido por la disciplina, inflamado por el amor á la patria.

» Cualquiera sea el camino que tomemos fuera de nuestras fronteras, encontraremos en él las trazas gloriosas de nuestros padres. Nos mostraremos dignos de ellos.

» La Francia entera os sigue con sus votos ardientes, y el universo tiene fija su mirada en vosotros. De nuestros triunfos depende la suerte de la libertad y de la civilización.

» ¡Soldados, que cada uno cumpla con su deber, y el Dios de los ejércitos estará con nosotros!

» NAPOLEON. »

Cuartel imperial de Metz, 28 de julio de 1870.

*
**

En la última página de este número damos una lámina que representa el cuartel general del general Frossard en Saint-Avol.

En la línea que hace frente al Rhin hay tres cuerpos de ejército fuertemente establecidos; el primero en Thionville, bajo las órdenes del general Lamirault; el segundo el de Saint-Avol; el tercero en Bitché, al mando del general de Failly.

Estos tres cuerpos avanzados se apoyan en Metz, plaza confiada al mariscal Bazaine, y en Estrasburgo, donde manda el mariscal Mac-Mahon. Además, detrás de esta línea tan compacta y tan sólida, se encuentra el mariscal Canrobert á la cabeza del cuerpo de reserva.

R. S.

Revista de Paris.

Todas cuantas veces las circunstancias políticas ponen á la orden del día, como lo está hoy, ese himno incomparable que se llama *la Marsellesa*, se renueva la malévolá pretensión de disputar á Rouget de Lisle la gloria de haber com-

puesto ese canto popular que hace vibrar la fibra del patriotismo en todos los corazones.

Para esto se compulsan las diferentes ediciones de la letra, se señalan las omisiones de ciertas estrofas, por supuesto de las mas célebres, y se sacan á relucir nombres desconocidos, lo cual es una prueba de erudición que deja en suspenso los pareceres.

Pero las discusiones no salen de la esfera periodística, y las masas que repiten el himno patriótico no están dispuestas á renegar su autor, que es verdaderamente Rouget de Lisle.

M. de Lamartine no ha contribuido poco á combatir un error, que afortunadamente no ha llegado á acreditarse un momento.

Lamartine nos pinta á Rouget de Lisle en Estrasburgo cuando era soldado de la república, y que por su doble talento de músico y de poeta era recibido amistosamente en casa del baron de Dietrich, alcalde de Estrasburgo.

Era esto en el invierno de 1792, en cuya época se hacia sentir el hambre en la ciudad, y las comidas á que el alcalde convidaba á Rouget de Lisle se reducían á pan de munición y á algunos pedazos de jamon ahumados.

Sin embargo, el entusiasmo no faltaba en estos festines dignos de los espartanos.

El baron Dietrich pidió á Rouget de Lisle un himno patriótico para una ceremonia que debía celebrarse en Estrasburgo, y el jóven patriota entró en su cuarto y pasó la noche componiendo á la vez las palabras y la música.

Cuando al otro día presentó su obra á Dietrich, este se quedó atónito: llamó á su esposa, á sus hijos, á sus amigos y les dijo que ya se habia encontrado el himno de la patria.

Desgraciadamente, añade Lamartine, debía ser tambien el del terror.

Pocos meses despues Dietrich marchó al cadalso, á los clamores de aquella música patriótica que Rouget de Lisle compuso en su casa y por su órden.

De Estrasburgo el himno cundió á toda Francia.

Los marsellese le cantaban en todos los países, y de aquí su nombre.

Rouget de Lisle conoció su título en circunstancias bien azarosas.

Huia por las montañas del Jura, su país natal, cuando oyó aquel canto que entonaban desafortadamente unos bandidos.

Preguntó al guia que cómo se llamaba, y el aldeano le respondió:

— Es *la Marsellesa*.

Así supo el nombre de su famosa obra.

Esta es en sustancia la historia del himno célebre, y todos los contradictores no lograrán arrancar de su pedestal popular al autor Rouget de Lisle.

Una noticia siniestra nos ha traído estos últimos días el telégrafo trasatlántico.

El enviado francés en los Estados Unidos, M. Prevost-Paradol, que acababa de realizar uno de los sueños de su juventud, obteniendo un puesto diplomático tan importante, habia muerto, y lo mas terrible, habia muerto á sus propias manos.

Este inexplicable suicidio se presta en Paris á mil conjeturas. Hé aquí ante todo, los pormenores que envia el telégrafo:

« El enviado de Francia se ha suicidado en Washington, disparándose un pistoletazo. Supónese que sufría momentáneamente de un ataque de enajenación mental. El día anterior se sentia malo de resultados del excesivo calor.

Se hacen numerosas suposiciones sobre la causa del suicidio de M. Prevost-Paradol. La sumaria instruida por el *coroner* no ha podido consignar una información segura sobre el estado de su ánimo, y el veredicto del jurado solo dice que se ha suicidado durante una aberración temporal de su inteligencia. Habia comprado una pistola el martes y entregado una carta á M. Jardin, canceller de la legación, encargándole que la abriese en el caso de que ocurriese algun accidente. M. Jardin declaró como testigo que habia abierto esa carta despues del suicidio. M. Prevost-Paradol rogaba en esa carta á M. Jardin que cuidase del regreso de su familia á Francia si ocurría algun accidente. M. Jardin dijo tambien que el ánimo de M. Paradol parecia sufrir por el extremado calor. La opinion general es que el brusco cambio que se ha efectuado en los asuntos de Europa ha sido en parte causa del suicidio, habiéndose puesto en oposición con el emperador los amigos de M. Paradol, Thiers, Favre y otros. En una conversacion que tuvo el martes con su amigo en Washington, aludió M. Paradol á esa circunstancia, diciendo que sus amigos creerian que él conocía las intenciones guerreras de Napoleon antes de su salida de Francia y le acusarian de mala fe. »

El arrebato á que se refiere esta relacion no explica suficientemente los motivos del suicidio, para aquellos que conocen á M. Prevost-Paradol; sin duda alguna influyó tambien el cambio de opinion política á que debía su embajada. Traduciremos aquí una carta que publican los diarios ingleses y que M. Prevost-Paradol dirigió á un amigo suyo, para darle á conocer las causas en cuya virtud aceptó aquel puesto diplomático.

« Paris 12 de junio de 1870. — Mi querido amigo: Recibí

vuestra carta, y comprendo á no dudar el sentimiento muy natural que os inspira. Pensar en los disgustos que mi resolución puede haber causado, es para mí mas penoso que cuanto pudiera decir, y vos lo sabeis tan bien como yo; pero sabeis tambien cuán fuertes son las razones que me la han dictado. Se ha apoderado de mí el disgusto hácia la prensa despues de quince años de esta ruda carrera. Siento materialmente náuseas cuando tomo la pluma.

En cuanto á entrar en los negocios públicos por la Cámara, ese era evidentemente mi camino; pero ¿qué podía esperar despues que tantos esfuerzos inútiles han demostrado mi impotencia en este punto? Ser demagogo y anti-propietario en las ciudades; en los campos ser propietario en escala suficiente para poder consagrar cuarenta ó cincuenta mil francos á la eleccion, tales son las condiciones del triunfo.

No puedo llenar ninguna de las dos, y habria tenido que continuar consagrándome con disgusto á la prensa, girando inútilmente alrededor de la Cámara.

Además, si contra toda probabilidad hubiese entrado en la Cámara en la actual escasez de hombres capaces y con las tendencias conocidas del emperador, no hubiera podido sustraerme al ministerio, como no pudo M. Buffet, y la reparación que hoy tiene lugar se habria retrasado por poco tiempo.

¿Qué hacer, pues? ¿Vivir en el campo y renunciar á la política? Seguramente esto es lo que habria elegido mi corazón; pero tampoco eso estaba en mi mano, bien lo sabeis.

El partido que he tomado, viendo en ello como un decreto del destino, porque tambien tengo yo mis supersticiones, me da un año ó dos de descanso, sirviéndome al propio tiempo para prepararme á los negocios, y me mantiene apartado bastante tiempo para que el curso de los acontecimientos se arregle y se determine. Hasta ahora, á los que saben de ello mas que yo, no puedo decirles sino una cosa, y es que por mucho que me cueste, no he podido ni debido obrar de otra manera.

Vuestro afectísimo, PREVOST-PARADOL. »

Ahora bien, el plan de permanecer dos años en una especie de retiro estudiando los asuntos públicos, se encontró contrariado de repente por los grandes acontecimientos que han surgido en Europa: aquí es donde verdaderamente debe buscarse la causa del extravío que inspiró al representante de la Francia la terrible resolución de atentar á su propia existencia.

De todos modos, si en verdad no sabriamos decir lo que la política ha perdido con la muerte de M. Prevost-Paradol, sabemos muy bien que las letras han perdido mucho.

Era uno de los periodistas mas distinguidos, uno de los talentos mas claros, mas elevados con que puede honrarse la prensa parisiense.

Desde el año 1865 Prevost-Paradol pertenecía á la Academia francesa, y mas de una vez hemos tenido ocasion de señalar en esta revista varios de sus brillantes discursos.

Otra pérdida grande tambien han tenido las letras francesas en la última semana: ha muerto otro hombre célebre.

Este no habia merecido las palmas académicas: oscuro trabajador, hombre del pueblo, toda su reputación se la debía á las masas.

Y sin embargo, era un talento.

Llamábase Pedro Dupont, y tenia la indisputable gloria de haber inventado un nuevo género de canciones que él escribía, ponía en música y cantaba, con una inspiración, con un acento que no se olvidarán á ninguno de los que han podido oírle.

Cárlas Baudelaire, un poeta no menos original, y que ha muerto tambien hace ya tiempo, nos ha dejado escrita la biografía de Pedro Dupont en términos tan breves como enérgicos.

— Sé, dice M. Baudelaire, que mi tarea es árdua, pues me faltan ciertos derechos para juzgar á Pedro Dupont, como es debido. Era un hombre grave, en una época en que los jóvenes mejor nacidos malgastaban el tiempo en los bastidores de la Opera ó en los gabinetes de la Maison d'Or. Vino al mundo en Lyon, á orillas del Saona, en abril de 1821, y era hijo de una familia de artesanos, cuyo telar no descansaba ni de día ni de noche. Muy niño perdió á su madre y le recogió en Provins, el país de las rosas, su abuelo materno.

Pedro Dupont encontró protectores; ganó en la Academia el premio de poesía, que le sirvió para libertarse de la quinta, y obtuvo un empleo para trabajar en el Diccionario de la Academia.

No tardó mucho en dejar Paris, porque era un amante de la naturaleza, y solo en su contemplación se inspiraba su poesía.

Su volumen, titulado *les Paysans*, es una colección de cánticos rústicos donde descuella en primer lugar la composición titulada *los Bueyes*, una obra maestra, que hace quince ó veinte años fué popular en toda Francia, y que aun en el día no se ha olvidado completamente.

Otra de las mas notables tambien es la de *la Viña*.

Siempre que los aldeanos le veían, le detenían y exclamaban:

— Cantadnos *la Viña*.

Una vez que estaba en Paris paseándose á las doce de la

noche por los bulevares, acertó á ver los balcones de un círculo que estaban abiertos y resplandecían con la profusión de luces que iluminaban los dorados salones.

Pedro Dupont, sin vacilar, penetró en aquellas magníficas salas, y poco intimidado con la presencia de todos aquellos hombres aburridos que acababan con languidez una partida de juego, levantó sus largos cabellos rubios como las espigas, y con su voz tierna y vibrante á la vez, entonó la alegre cancioncilla:

La viña es la madre del vino...

Jules Janin, en la interesante noticia biográfica que consagra al cancionero popular, dice que el mismo Pedro Dupont le ha contado tan singular aventura.

— El auditorio, decía el poeta cantante, me miró con espanto: no sabía lo que quería yo allí; el uno me habría dado una moneda, si un compañero no hubiese buscado el reglamento para saber si la cosa era permitida; pero lo cierto es que ninguno de ellos pensó en darme á probar su vino. Me planté el sombrero en la cabeza, y al otro día cantaba á M. de Lamartine, que me abrazaba y me daba un asiento á su mesa, la canción del *Molinero*.

¡Pobre poeta! ¡Tanta popularidad y seguidamente tan profundo olvido!

Solo ahora su muerte ha despertado los ecos de su antigua fama, y durante unos días se ha pensado en París que había desaparecido del mundo de las letras una personalidad única en su género.

Los teatros de París no dejan de estar concurridos, á pesar de la estación, y sobre todo á pesar de las preocupaciones públicas. Ya sabemos el motivo: en todos ellos se cantan himnos y canciones patrióticas por los principales artistas.

En la Ópera Cómica se ha dado esta semana una opereta nueva en un acto, titulada el *Kobold*, cuyo libretto ha sido escrito por MM. Nutter y Gallet, y la música por M. Guiraud, el autor de *Silvia*, otra partitura que se dió hace algún tiempo ya, y que obtuvo un éxito bastante lisonjero.

El *Kobold* es una leyenda fantástica que sirve de pretexto á los autores para hacernos asistir á escenas de baile casi continuas.

Es un espíritu maligno que, bajo la forma femenina, frecuenta la casa del joven Federico, el cual está para celebrar sus bodas con su prometida, la hermosa Catalina.

Pero estas bodas irritan al kobold, que todo lo trastorna y lo desbarata en aquella casa antes tan apacible.

Por fin llega la hora del casamiento, y entonces el celoso kobold, disfrazado de gitana, y movido siempre por los celos, se da maña para poner al novio un anillo que tiene la mágica virtud de deshacer las bodas.

Solo de una manera se puede romper el encanto: si Catalina consiente en dar un beso á Federico; lo que no es fácil, porque la joven tiene celos de la gitana, y no está dispuesta á conceder favores á su futuro.

Sin embargo, las súplicas vencen su resistencia, y entonces el kobold se desvanece en un torbellino de fuego.

Ya lo hemos dicho: el mérito principal de esta producción está en la parte coreográfica, y así sucede que Mlle Trevisan, la protagonista, es la que obtiene el mayor aplauso por su gracia, su agilidad y su ligereza, que prometen seguramente una bailarina de primer orden.

El compositor apenas se ha preocupado de otra cosa que de los aires de baile; pues por lo que hace á los cantos, excepto una leyenda muy original que dice Catalina, no figuran, digámoslo así, sino en segundo término.

De todos modos, el *Kobold* ha gustado, porque constituye un espectáculo tan agradable como entretenido.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

EL TOQUE DE ORACIONES.

¡Escuchad ese toque misterioso,
Que en las torres lejanas,
A los cielos asciende presuroso
Enviado por las trémulas campanas!
Es la última oración, la voz postrera
Que elevan las basílicas cristianas,
Himno que alza la creación entera
A su pura Señora,
Al espirar el día;
¡Mortales, meditad! ¡Sonó la hora
En que los cielos cantan á MARÍA!

¡Saludad á esa madre de pureza,
A la escogida esposa,
Que llamándose esclava en su grandeza
Humillóse gozosa
Ante el arcángel santo,
¡A su voz inclinando la cabeza!
¡Levantad el espíritu, mortales!
¡Cese ya vuestro llanto,
Que al vibrar esos bronceos funerales
En hora tan solemne,
Se eleva hasta la Virgen poderosa
En cielo y tierra un cántico perenne!

¡Mirad en la extensión del hemisferio
Do quiera los cristianos
Celebrando el PURÍSIMO MISTERIO,
A la luz de ese véspero naciente
Que trémulo rutila en el Oriente!
¡Miradlos! ¡Doblegada la rodilla,
Levantadas las manos,
Murmuran con unisona plegaria
Un saludo á la Virgen sin mancha!
¡Y su nombre divino
Resuena hasta en la playa solitaria
Al compás de ese toque peregrino!

¡Meditad! ¡meditad!... ¡El sol espira!
¡El mundo yace en calma...
Ahora todo reverencia inspira,
Todo nos habla por do quier al alma!
¡Oid! ¡Cuán melancólico suspira
El metal en los aires suspendido!
¡Orad, vírgenes puras!
¡Templad, poetas, la armoniosa lira,
Avecillas, trinad en vuestro nido!
¡Niños, alzad desde la cuna un canto
A esa madre que os llama en las alturas
¡Y todos á porfía
En un concierto universal y santo
Invoquemos el nombre de MARÍA!

BENJAMIN PEREIRA G.

ESPÍRITU DE LAS VÍRGENES.

EN MEMORIA DE UNA JÓVEN SEÑORITA, FINADA EN SETIEMBRE DE 1868.

Dios dijo á tantas flores con que la tierra alfombra:
« La que en modesta sombra
Virgen guarde la esencia que le di,
De muerte cuando al soplo, marchita caiga al suelo,
Dará su aroma al cielo,
Divina esencia que se vuelve á mí. »

¿Qué de una virgen queda sobre la tierra?... ¡Nada!...
¿Qué bajo el polvo?... ¡helada,
Pálida imagen!... ¡deshojada flor!...
Espíritu de vida, su alma, perfume santo,
Vuelve al empíreo, en tanto,
Como inmortal effluvio del Criador...

RICARDO BUSTAMANTE.

Los generales prusianos.

EL PRÍNCIPE REAL DE PRUSIA.

Nacido el 18 de octubre de 1831 el príncipe *Federico Guillermo* (Nicolás Carlos), había pasado hasta 1866 por un hombre que debía menos á la naturaleza que á su educación que dirigió la reina Augusta, cuya señora había tomado lecciones de Goethe. Después de haber estudiado ciencias con M. Godet y el historiador Max Duncker, la guerra con M. de Roon y M. Moltke, supo mostrarse un día á la altura de su tarea.

En la guerra contra Dinamarca, el príncipe real se vió postergado, en tanto que su primo Federico Carlos recogía los laureles de Duppel; pero cuando la guerra de Bohemia, el hijo del rey (casado el 25 de enero de 1858 con Victoria, hija primogénita de la reina de Inglaterra) estuvo al frente del ejército del Oder y se distinguió en la campaña.

En conformidad al plan sabiamente elaborado por el general Moltke, el joven príncipe, secundado por su jefe de plana mayor, el general de Blumenthal, atravesó por Glatz los desfiladeros del Riesengebirge, ó monte de los Gigantes. Su vanguardia, á las órdenes del anciano Steinmetz, cayó sobre los austriacos en Nachod y en Skalitz y los derrotó tres veces consecutivas.

En Trautenau el general Bonin fué rechazado por los austriacos bajo el mando de Gablenz; pero muy luego vengó este descalabro el príncipe de Wurtemberg en Koenigshof. Finalmente, el 30 de julio, el rey en persona tomaba el mando del centro del ejército, en tanto que Benedek, abandonado por Clam-Gallas y los sajones, tenía que concentrar su ejército en Koeniggratz. Allí atacaron de repente antes de amanecer el príncipe Federico Carlos y Herwarth de Bittenfeld. A eso de las nueve de la mañana los austriacos, superiores en número y en artillería, iban infaliblemente á vencer, cuando el príncipe real llegó al campo de batalla bastante á tiempo para decidir la victoria. A las tres de la tarde estaban derrotados los austriacos.

El rey, profundamente conmovido, abrazó á su hijo en el campo de batalla y le dió delante del ejército *la orden del mérito*, distinción democrática que se concede en Prusia mas bien á la ciencia que á la elevada cuna. Guillermo III pudo decir entonces en su orden del día: « Koeniggratz (Sadowa) nos ha costado grandes sacrificios; pero es un día glorioso para todo el ejército, sobre el cual la patria fija la vista con orgullo y con admiración. »

EL PRÍNCIPE FEDERICO CARLOS DE PRUSIA.

Este general, ya célebre aunque es muy joven, nació el 20 de marzo de 1828, es digno discípulo del baron de Moltke.

Hijo del príncipe Carlos, hermano segundo del rey, no ha heredado felizmente los defectos paternos. Diremos entre paréntesis que este príncipe Carlos está muy querido en la sociedad prusiana, no obstante su afición á las armas antiguas y las magníficas colecciones que posee en el Wilhelmsplatz de Berlín y en su palacio de Glienicke, cerca de Postdam, el príncipe Carlos, gran maestro de la artillería, no goza del favor del rey, que le aparta de los asuntos políticos, le echan en cara violencias de carácter sobre las cuales no es del caso insistir en estos apuntes.

El príncipe Federico Carlos es de muy distinta naturaleza.

Es un hombre de corta estatura, un poco grueso, con un rostro redondo bastante agradable; pero de una expresión serena y concentrada. Su nariz corta y derecha, su frente elevada y enérgicamente modelada le dan con su uniforme de húsar un aspecto demasiado severo.

Su esposa es la princesa María Ana de Anhalt-Dessau, que le ha dado tres hijos. Esta princesa es una de las mas amables y bonitas señoras de Berlín. Al contrario de las personas de la corte y de su esposo, cuyas opiniones son muy aristocráticas, la esposa de Federico Carlos es aficionada al arte, sobre todo á la pintura de paisaje, en la que tanto se distingue.

— ¿Pensais, preguntaba un día á su pintor, que mis cuadros se venderían solo por su mérito?

Y como el artista contestara naturalmente con una lisonja, la princesa añadió:

— No me engaños, pues en los tiempos que corren podría yo tener un día ú otro necesidad de ganarme la vida.

Desde hace largo tiempo el príncipe Federico Carlos pasaba por el mas capaz de todos miembros de la familia real de Prusia. Mas enérgico que el príncipe real, que apenas tiene en su favor otra cosa que la sólida instrucción que debe á su madre la reina Augusta, el sobrino del rey había aprendido con las lecciones del baron de Moltke los mejores preceptos del arte de la guerra.

No tardó en ponerlos en práctica durante la guerra de Dinamarca, donde la osadía de su cañoneo de Missunde, al que debieron los prusianos la toma del Dannewerk, le valió el sobranombre de *héroe de Duppel*.

Antes ya se había dado á conocer por una serie de conferencias que hizo á los oficiales de la división, en las cuales batió en brecha los principios de táctica seguidos hasta entonces por los generales prusianos.

El príncipe aconsejaba nada menos que olvidar absolutamente en tiempo de guerra los reglamentos, las instrucciones de cuartel y hasta el recuerdo de la plaza de armas.

Fácil es comprender el escándalo que debió causar esta proposición heterodoxa entre los antiguos partidarios de la táctica clásica, que llegaban hasta decir que Napoleón no conocía el oficio.

En la guerra de Bohemia la resolución del príncipe Federico Carlos y su bizarría le colocaron en primera línea entre los generales prusianos. Si al general de Moltke se debe el admirable plan de campaña que produjo la reunión de los dos cuerpos de ejército bajo las órdenes del príncipe real y del príncipe Federico Carlos, á la inteligencia de estos dos jóvenes generales atribuirán los historiadores la victoria de Sadowa.

EL BARON DE MOLTKE

El famoso jefe de estado mayor al que debe la Prusia la mayor parte de sus victorias de Bohemia, no ha nacido en Prusia, sino en Genewitz (Mecklemburgo), el 26 de octubre de 1800.

Hizo sus primeras armas en favor de la Dinamarca hasta 1822, época en que pasó al ejército prusiano. Acababa de ingresar en la plana mayor, cuando se le ocurrió la idea de emprender un viaje á Oriente. Entonces fué presentado al sultan Mahmud y llamado á enseñarle las teorías estratégicas. Al servicio de la Puerta hizo su primera campaña. En 1839 asistió á la campaña de Siria, y á su vuelta á Prusia (1846), fué designado como edecan del príncipe Enrique, que murió poco tiempo despues en Roma.

En 1856 el baron de Moltke pasó á ser edecan del príncipe Federico Guillermo, y dos años despues jefe de estado mayor del ejército prusiano. En 1857, en la prevision de una campaña de la Prusia en Italia, trazó un plan de operaciones cuya ejecucion impidió la paz de Villafranca.

En 1864 mandaba el estado mayor del príncipe Federico Carlos en la malhadada guerra dirigida por la Prusia, el Austria y la Confederacion germánica contra la Dinamarca, en favor de los que llamaban entonces los *hermanos abandonados* del Sleswig-Holstein

Pero su triunfo debia ser el admirable plan de campaña que tuvo la única felicidad de ver realizado punto por punto por el ejército prusiano en la guerra de cinco dias que se terminó con la batalla decisiva de Koenigraetz ó Sadowa. Desde aquel dia el baron de Moltke, que modesto por carácter, no habia salido nunca de las oficinas, adquirió de repente una gloria inmensa, gloria que coronó con la tregua de cinco

LOS GENERALES PRUSIANOS



EL PRINCIPE FEDERICO GUILLERMO, hijo del rey.

dias, seguida de un armisticio que fué acordado por los prusianos, gracias á su iniciativa.

Desde la guerra de Bohemia, el baron de Moltke adquirió el derecho de figurar entre los grandes tácticos cuyos altos hechos nos traza la historia. En nuestra época mas que en cualquiera otra, la ciencia estratégica desempeña el gran papel, aun sobre el papel que corresponde á los generales de ejército propiamente dichos. La iniciativa personal disminuye en razon al perfeccionamiento de las máquinas destructoras inventadas en el dia.

Sea como quiera, el general de Moltke disfruta en Prusia de una reputacion de rectitud que no es el menor de sus méritos. Frio y silencioso, pero muy instruido, se ha dicho de él que se *callaba en siete lenguas*.

A consecuencia de su viaje á Egipto, habia publicado dos volúmenes muy estimados: la *Expedicion turco-rusa en la Turquía de Europa* (Berlin, 1838), y *Cartas sobre la situacion y los sucesos de la Turquía*, de 1835 á 1839. Además, ha tomado una gran parte en la publicacion oficial de la *Campaña de Italia en 1859*, mandada hacer por el gobierno prusiano.

¿Necesitamos añadir ahora, que en el general de Moltke fundan los prusianos todas sus esperanzas en esta guerra? ¿Cuál será su plan? Esto es lo que el hombre que se calla en siete lenguas no habrá sin duda comunicado á nadie; esperemos pues, que no tardará en conocerse.

EL GENERAL VOGEL DE FALKENSTEIN.

Poco tenemos que añadir á la noticia que publicamos en nuestro último número sobre este veterano del ejército de Prusia. Solo observaremos un hecho extraño, y es que el tal ejército parece



EL GENERAL BARON DE MOLTKE.



EL GENERAL VOGEL DE FALKENSTEIN.

destinado á tener por jefes príncipes-generales muy jóvenes, como el príncipe real y el príncipe Federico Carlos, ó ancianos de setenta á setenta y cuatro años, como los generales Steinmetz, Moltke, Vogel de Falkenstein y otros. Este respeto á la antigüedad en el ascenso de los oficiales del ejército prusiano, ofrece pues, el doble inconveniente de mantener en activo servicio á hombres que en otros países vivirían ya en el retiro, y de alejar del mando á oficiales distinguidos y en toda la fuerza de la edad.

Sin embargo, en la guerra de Bohemia se vió que esos ancianos conservaban un vigor y una rapidez de acción muy notables.

El general Vogel de Falkenstein se ha distinguido en el Reichrath no menos que en el ejército, mostrándose buen orador al lado de su colega M. de Moltke.

EL MINISTRO DE LA GUERRA.

M. de Roon es un tipo perfecto del militarismo prusiano.

Nacido en 1803, Alberto Teodoro Emilio de Roon es un fruto directo de la Escuela de cadetes de Prusia. En 1839 hizo una campaña de observación en Bélgica y asistió al sitio de Amberes. Después fué agregado á la oficina topográfica y luego entró en la plana mayor. Dos veces le encargaron la movilización del ejército, en 1859 y en 1866.

Director de la educación militar del príncipe real, le acompañó en la Universidad de Bonn y en sus viajes.

El 11 de abril de 1861 le llamaron al ministerio, obteniendo, primeramente la cartera de la marina prusiana, que entonces se hallaba en su principio, y ha sido completado después por el príncipe Adalberto, primo del rey.

La grande obra de M. de Roon fué la enérgica defensa que hizo,

LOS GENERALES PRUSIANOS



EL PRINCIPE FEDERICO CARLOS, sobrino del rey.

contra los ataques de la cámara de los diputados, de la famosa reorganización militar del rey Guillermo.

Todo el mundo hace justicia á su actividad y á la variedad de sus conocimientos.

Es autor de varias obras estimadas, sobre geografía etnográfica y política, sobre geografía militar, etc.

HERWARTH DE BITTENFELD.

Herwarth de Bittenfeld fué el primero que á la cabeza del 8º cuerpo comenzó la guerra invadiendo la Sajonia y tomando á Dresde. Este hecho de armas no tiene á la verdad nada de extraordinario, pues las tropas sajonas no opusieron resistencia y se reunieron con el ejército austriaco.

Pero la posesión de Sajonia daba á los prusianos la ventaja de dominar los desfiladeros del Elba, y de permitir á los tres cuerpos de ejército que se reunieran en los llanos de Bohemia.

En tanto que el general Mulbe ocupaba la Sajonia con la reserva, y el conde Stolberg cubría la alta Silesia con la landwehr y los voluntarios, el general Herwarth pasaba por Runburg y Hunerwasser á Podol para juntarse con el príncipe Federico Carlos en Munchengraetz y Gistehin, donde tuvo efecto el terrible combate de noche en las calles, que fué favorable á las fuerzas prusianas.

En Koeniggratz (Sadova), Herwarth, siempre de acuerdo con Federico Carlos, atacó el primero á los austriacos, que el plan de Benedek habia torpemente concentrado en aquella posición desfavorable, lo que no impidió que los prusianos corrieran el peligro de una derrota, de la que les salvó la llegada del príncipe real.

Tales son los enemigos contra los cuales va á combatir la Francia. W. R.



EL GENERAL DE ROON.



EL GENERAL HERWARTH

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Libro primero.

ÚLTIMA NOCHE DEL MUNDO.

Parece que se formaron de mí extraños juicios y que circularon acerca de mi carácter ideas equivocadas y suposiciones injustas. Yo las ignoraba, y todavía si hubieran llegado á mis oídos, el no comprenderlas ó el no apreciarlas me hubiera impedido acometer la tarea de desmentirlas.

Con lo que iba creciendo en edad, multiplicábanse en derredor de mí las galanterías á medida que se aumentaba lo que llamaban mi hermosura. Con ellas crecieron y cobraron fuerza todas las imputaciones que lanza la opinion con aparente justicia contra la mujer que, franca y sincera, procede con las exterioridades de mudable.

Y era injusta, sin embargo, era calumniosa aquella opinion conmigo; sábelo el cielo; y era tanto mas superficial mi coquetería cuanto mi juventud adelantaba. Las demostraciones de mi afecto pudieron en un principio ser aparentes ó exageradas; despues fueron violentas y retraídas.

He oído decir que las mujeres empiezan por enamorarse de un sér ideal antes de que puedan representarse en el hombre que aman las perfecciones de su ídolo imaginario. Desgraciadamente mi corazón había seguido un rumbo opuesto, para el amor de seguro perdido, para la felicidad aun mucho mas extraviado.

Mis primeros cariños se habían consagrado á individuos muy vulgares, muy comunes. Fué despues, adelantada ya mi juventud, cuando empezaron á pasar por delante de mi imaginacion objetos ideales, y cuando empezaron á rebajarse todos los que se acercaban al alcance de mis ojos.

Mi espíritu había sido mucho mas tardío en su desarrollo que mi organizacion física, y pasó tiempo antes de que la compañía del pensamiento, la superioridad del alma, la elevacion de la inteligencia y la grandeza del carácter fueran mas necesarias á mi corazón que la gallardía de la figura y las cualidades que hasta entonces me habían interesado.

Cuando aquel día llegó, cuando para querer hubiera necesitado admirar, tenía ya demasiada experiencia del corazón y del espíritu. El hombre superior, el hombre de talento, fué entonces mi manía, mi ilusion, mi ideal; pero muy al revés de lo que suele acontecer con estas imaginarias creaciones, yo no podía revestir de sus formas á los hombres que se encontraban á mi paso.

Lo que pudo antes haber sido versatilidad, trocóse súbitamente en un frío desden, para convertirse luego en sombrío y amargo tedio; disposicion de ánimo que debía serme mas perjudicial que mi anterior inocente ligereza, por cuanto los que, lisonjeados por mi franqueza sincera, se estrellaban de pronto con mi displicente acogida, tuvieron la bárbara complacencia de vengar sobre mi reputacion de niña su ofendido orgullo de hombres, y sus ponderadas ó presumidas victorias atrajeron á mis pies nuevas víctimas, y á mis esperanzas nuevos y mayores desencantos.

En esta época de desden, no naciendo la pasion, debía resultar el cansancio.

Todavía entonces no me preocupaba de la opinion ajena. Reducida á la consideracion egoista de mi propia situacion y de mi propia felicidad, me apercibí solamente de un desfallecimiento mortal que se apoderaba de mi ánimo; de un hondo malestar que minaba sordamente la serenidad de mi alma y las fuerzas de mi vida.

De repente, y cuando parecia haber llegado á su colmo el desarrollo de mi juventud, faltó su vigor á mis miembros desfallecidos, como faltó el estímulo del sentimiento á mi corazón desolado. En la edad en que las mujeres acumulan y prodigan tesoros de ternura, me encontré yo, con horrible sorpresa, sin aspiraciones, sin energia, sin entusiasmo.

Asustada de mi descubrimiento, me puse triste y volvíme reservada. La coquetería dejó de ser para mí una urbanidad impuesta: ya no pude, como antes, devolver una declaracion como una cortesía; sus exigencias hicieronme insoportables, y así como me habían tenido por ligera, supusieron y juzgaron despues que me había tornado estúpida.

Yo tenía demasiado orgullo para asentir á este juicio. Había sido demasiado sencilla y demasiado inocente para creer que esta situacion fuera la pena de haber malgastado las fuerzas de mi corazón. Mi pensamiento fué mas triste.

Creí que aquella soledad del alma y aquella melancólica confusion de recuerdos, de relaciones abandonadas y de ilusiones desvanecidas, que me hacían como una vejez anticipada en una edad tan temprana todavía, era un estado ordinario, comun y natural, y que yo no era mas que la víctima de una credulidad exagerada, de una engañosa esperanza desvanecida.

Como aquellos ignorantes viajeros, que se figuran las regiones orientales sembradas de ciudades de oro y entapizadas de jardines incomparables, y solo encuentran la tierra desolada, el simoun sofocante, las poblaciones infectas de una civilizacion bárbara, el aduar apestado de la tribu errante, y el océano sin fin de calcinada arena; así descubrí yo, á los primeros albores de mi triste razon, el desierto de mi juventud.

Habíanme pintado el amor como la mayor de las dichas, y la vida empleada en amar como un éxtasis continuo, en el cual el corazón exhalaria un himno eterno... ¡Ay! ¡y aquel éxtasis era un mareo, aquel himno sonaba en mis oídos como el canto pesado del pescador solitario, como la salmodia de los muertos!

¡Y aquellos encantados palacios eran rocas hendidas! Las flores de aquel jardín mágico eran los celajes del cielo, reflejados sobre el agua muerta de algunos pantanos...

El jóven que acompañaba á la máscara la miró en aquel instante con atencion de interés y de extrañeza; pero ella tal vez interpretó su mirada como de impaciencia y fatiga. Interrumpióse como sorprendida, alzó un poco su tafetan para limpiar el sudor que humedecía su frente, y añadió en seguida en tono de conversacion seria:

— Caballero, me había olvidado de que estaba hablando con un desconocido; el tumulto de esta reunion me ha hecho la ilusion de la soledad. Perdóneme usted, me había olvidado de Vd mismo. Pero Vd., que tiene las apariencias de una razon tranquila y de una calma severa, Vd. debe encontrar harto exageradas mis aprensiones y considerar como muy extravagante la desesperacion que se había apoderado de mí desde que lancé sobre mi juventud una mirada tan desconsoladora. Yo bien conocía que la juventud no era la vida, pero en esta consideracion había una tristeza mas grande aun. A través de las visiones desvanecidas de una edad que me había parecido encantada, las imágenes de un período mas lejano debían parecerme sombras de muerte. Quise morir antes de llegar tan adelante; contemplé con vivísimo placer los progresos de mi languidez, y me abandoné sin amargura á la corriente de mi pobre solitario destino. Flor trondible de las orillas del río, esperé el instante en que, tronchándome el viento, me lanzara en la corriente... Usted, á cuyo corazón habrá negado el cielo la triste experiencia de las irregularidades caprichosas de una organizacion enfermiza...

— Señorita, interrumpió blandamente su compañero; yo comprendo con harto interés la situacion que Vd. me pinta. También yo tuve de esas ilusiones, también las ví disipadas.

Y luego, como haciendo un esfuerzo penoso sobre su calma y su reserva, añadió:

— También amé yo, y también...

— Mientes, pronunció á su espalda, con una voz reprimida y casi colérica, una máscara, poniendo su mano sobre el hombro de aquel jóven.

Al impensado y brusco ademán, volvieron ambos la cabeza, y vieron delante de sí una mujer de elevada estatura, vestida de azul, cubierta con un largo y majestuoso albornoz árabe, cuya capucha le cubría la cabeza. Al mirar el semblante de aquel hombre, quedóse inmóvil. El tafetan que ocultaba sus facciones no permitía conocer el sentimiento que las dominaba, pero diríase por su actitud que se encontraba como arrepentida de su impetuosa interpelacion. Parada como un autómatas, y fijos sus ojos en el jóven, tendió lentamente la mano á aquel hombre, añadiendo con voz apacible y casi doliente:

— Javier, no quieras que me desdiga, pero perdóname...

Javier (debemos creer que se llamaba así) no pareció inmutarse ni sobrecogerse con aquella demostracion. Estrechando afectuosamente la hermosa mano que se le tendía, preguntó con tranquilidad:

— ¿Quién eres?

— Acércate pues, y mira, respondió la máscara del albornoz, arrastrándole suavemente de la mano, alzando con la otra su careta, y volviendo la cabeza para evitar el ser vista de la otra máscara.

Javier obedeció; se adelantó, se inclinó, miró y retrocedió á su puesto como aterrado. La impresion de aquella mirada fué tal, que su jóven compañera lanzó una exclamacion de sorpresa, de asombro.

La fisonomía de aquel hombre se había cambiado enteramente en un segundo. Dos lustros por lo menos habían desaparecido de su semblante.

La sangre, agolpada á sus mejillas, comunicó á su color, moreno y caído, la animada frescura de los veinte y cinco años. Quitándose de repente el sombrero, hízose atrás su cabeza, pareciendo crecer un palmo su estatura; sus párpados, abatidos, dilatáronse de súbito. Bajo aquel entrecejo, severamente contraído, dos ojos negros, rasgados, centellantes, iluminaron desusadamente su rostro, como si de nuevo aparecieran, y llevando la mano izquierda á sus cabellos, en el ademán de su sorpresa descubrió, levantándolos, una frente espaciosa, como el genio la quiere y las grandes pasiones la necesitan.

Una vena muy pronunciada, que la atravesaba casi diagonalmente, hacia un tanto siniestra aquella mirada y aquella fisonomía; pero la máscara que acompañaba á Javier solo vió que aquella mirada fulminante era entonces fascinadora, que aquella fisonomía lúgubre era en aquel instante bella. Lo observó y se estremeció.

Aquella trasformacion repentina hirió su fantasía como la vision de un aparecido, hirió su corazón como la repercusion de un choque eléctrico. Javier, que había

soltado su brazo, le volvió á asir, como quien busca apoyo en un peligro, ó como quien procura un motivo de contenerse en un momento de arrebato.

Pero aquella mudanza fué verdaderamente una decoracion de fisonomía. La máscara azul llevó su índice á los labios, y volviendo á estrechar la mano de Javier, desapareció como una sombra.

De los ojos iluminados de aquel hombre desprendiéronse dos gruesas lágrimas, echó otra vez sobre la frente sus negros cabellos, su cabeza cayó sobre el pecho, sus mejillas se tornaron lívidas, perdió su boca su gesto expresivo, la vena de su frente desapareció; el talento, la imaginacion, la juventud, el amor, la vida, todo lo que había resplandecido sobre aquel semblante durante cinco segundos, todo se apagó como de un soplo.

No le quedaron mas que aquellas dos lágrimas, que habían parecido de dolor, y que parecían despues como de compasion y ternura.

La jóven, absorta y temerosa, apenas tuvo ánimo y voz para decir á Javier:

— ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto?

— Nada, señorita, nada extraordinario, le respondió. Ya se lo había dicho á Vd. Usted se ha olvidado de nuestro encuentro y de mi primera palabra. Esto es... *mi última noche del mundo.*

III.

Abogad las creencias,
Cerrad la ventana...
Que vuelvan mañana,
Benditas de Dios...

Estas palabras lanzaba entre torrentes de armonía un estrepitoso coro, desde lo alto de su tribuna, sobre el torbellino tempestuoso de las parejas de un wals, cuando Javier y su compañera, silenciosamente preocupados, penetraron en el gran salon, como si debieran hallar mayor soledad entre la mas tumultuosa muchedumbre. Javier se había quedado distraído, y tarareaba sumisamente el acompañamiento de aquel coro.

La jóven máscara se había tornado mas atenta y pensativa, conforme adelantaban sus pasos por aquel recinto; mas la atencion que fijaba sobre su compañero eclipsaba ante sus ojos toda la novedad ó la brillantez de aquel espectáculo. El misterio de Javier crecía, y su interés aumentaba.

Varias personas se habían acercado á saludarle, manifestando todas extrañeza suma de encontrarle en aquel sitio. Las palabras que le dirigian eran harto inconexas y heterogéneas. Uno le habló de la venta de unas tierras, otro le preguntó en qué estado llevaba sus trabajos sobre el sistema penitenciario, otro quiso entablar con él conversacion sobre las diferencias del rey de Prusia con las sectas religiosas y con las escuelas filosóficas, y un extranjero, saludándole con muchísimo respeto, le preguntó qué noticias había recibido del Oriente.

Javier satisfacía á todas estas cuestiones con naturalidad y desembarazo, con sencillez y modestia. De sus respuestas no podía deducir su compañera la importancia social que aquel hombre tuviera ó la posicion que ocupara; pero comprendía que en el círculo de sus relaciones era objeto de consideracion y respeto. Esta observacion la tranquilizó.

Desde el momento que en los secretos de aquel hombre no había motivo de baldon ó de infamia, los infortunios ó contratiempos de su vida debían de ser interesantes y compadecidos. La jóven le dejó entrever delicadamente este pensamiento, queriendo encaminar la conversacion al descubrimiento de aquel secreto.

Pero Javier, sobre cuyo semblante la máscara azul había dejado por algunos instantes huellas de dolor y de amargura, dió en seguida á sus palabras un tono de indiferencia, y á sus labios tal gesto de sonrisa, que no parecia sino que aquellas penas y aquellas memorias debieran ser miradas como puerilidades. Su expresion era como de quien se desprecia á sí mismo, como de quien tiene pesares que no valen la importancia de comunicarlos. Javier se aplicó á este propósito, aunque sonriéndose, unos versos que dicen:

Que son mis males mayores
Cuanto mezquinos parecen,
Que á mi orgullo no merecen
La importancia de morir.

— ¡Oh! dijo la jóven, sé de memoria toda la composicion de donde está tomada esa estrofa: la tengo de letra de su mismo autor.

Javier miró estupefacto á su compañera, y añadió, como motivando su extrañeza:

— Yo no le conozco, señorita.

— Ni yo tampoco, replicó la jóven. Fué amigo de dos personas que influyeron mucho en el destino de mi vida, y que me han dado todas las producciones de aquel hombre de tanta ternura, de tanto prestigio sobre ellos. Yo no conozco de él mas que su seudónimo. Amo mucho su memoria y sus páginas. El ha muerto ya.

— ¡Muerto, señorita!... añadió Javier aterrado; ¿y sus amigos?

— ¡Oh! esos viven aun...

La curiosidad de Javier se había despertado extraordinariamente con este diálogo. Tuvo bastante destreza

para conducir á su interesante interlocutora á anudar el hilo interrumpido de sus recuerdos, desviando su imaginación de unos secretos que eran, le aseguró, muy triviales, al paso que las circunstancias de ella adquirían cada vez mas dramática novedad.

Javier parecía consagrar el mas tierno y mas respetuoso interés al conocimiento de las particularidades de su existencia, como si aquel corazón que tan candorosamente se le abría fuese para él un estudio filosófico, ó una novela en alto grado sorprendente.

Y sin embargo, no había nada de nuevo ni de extraordinario en aquella vida monótona y juvenil, por mas que para quien la sentía y la contaba pudiese ser original y nueva.

La joven refería á Javier la historia de todas las almas adolescentes y desocupadas. Creía haber sentido el amor, y no había amado aun.

Creía que el germen de las pasiones se había secado en su corazón, y aun no se había levantado el sol bajo que florecen los brotes de la primavera. Creía llevar en su alma un principio de muerte, y era que abrumaba su vacía existencia la superabundancia de la vida.

Un solo rasgo singular de carácter sobresalía en la confesión de aquella joven. Una preocupación profunda la había dominado al salir de la adolescencia; un sentimiento moral, extraño, no porque no fuese natural y obvio, sino por la temprana edad en que aquella consideración se había despertado.

— Cuando contemplé, decía, con tanto desconsuelo el desvanecimiento de mis esperanzas, no había perdido el orgullo de mi estimación propia. Por el contrario, á la manera de los viejos, en quienes se reconcentra tan intenso el amor de la vida cuando ya no interesa tanto á los demás, así se avivó en mi ánimo el interés de mi propia dignidad al creer que podía ser tenida en poco. Porque al querer refugiarme al santuario de mi alma y á la satisfacción de mi conciencia, eché de ver con terror que las ligerezas de mi primera edad habían hecho en mi reputación mas honda herida de lo que yo de primero pensaba. Ver lastimado el decoro en el primer período de la juventud es una cosa horrible de imaginar y de sentir. La sociedad vitupera, pero perdona mucho, á la mujer colocada por su edad y por sus deberes en medio de seducciones, de riesgos y de compromisos á que no siempre puede resistir, ó cuyas apariencias no le es dado evitar; pero el espectáculo de una niña depravada ó pervertida es una monstruosidad de la naturaleza, como una rosa pestilente, como una rica fruta que envenenara. Yo tuve miedo y horror de parecer así al mundo, y este pavoroso recelo me perseguía hasta en lo mismo que imaginaba para desvanecerlo. El desden con que á los demás acogía, confundíase fácilmente en mi ánimo con el que los demás podían arrojarle. Lo que yo me recatara de mi frivolidad anterior pudiera no parecer enmienda de la razón adulta, sino vergüenza de la conciencia acusadora; y el plan de conducta que mi orgullo y mi decoro me trazaban para conseguir el respeto del mundo, parecía de mi parte la confesión de que me sentía hundida y rebajada, de que necesitaba aquella expiación que hace que se compadezca á la mujer, pero que no la rehabilita nunca. Muchos días pasé largos y lentos, víctima y presa de estos pensamientos sombríos. A nadie los confiaba; nadie podía comprenderlos. Muchas veces estuve á punto de faltar á mi propósito y de arrostrar lo que me parecía no poder vencer. Pero mi tristeza y mi retraimiento me dejaron ser inexorable conmigo misma, y aguardar obstinadamente á que la enfermedad ó el tiempo ganaran sobre el mundo una victoria que no podían alcanzar los esfuerzos del orgullo.

¡El orgullo! ¡ay! ¡y qué flaco y qué impotente es el orgullo de una mujer, amigo mio! Por nuestras propias fuerzas, nada bueno ni nada malo podemos ni alcanzamos. La reputación, nos la dan como nos la quitan; la felicidad, yo no sé si alguna vez la damos, pero nosotros nunca la recibimos; hasta la hermosura y la gracia son producto casi siempre del ajeno juicio, cuando no de una convención ficticia.

Una mujer no tiene su virtud ni en sus propósitos ni en sus acciones; mucho menos la reparación de sus faltas, por leves que sean. Por mas que se reserve y se aísle, el pensamiento del mundo profanará á su antojo las intenciones de su retiro; por mas que se encumbre ó se remonte, se encontrará sin alas para tomar vuelo, y está condenada á detenerse en el punto en que se para y á permanecer en él eternamente, si una fuerza extraña no viene á empujarla.

La opinión injusta que de ella forme la sociedad, solo la sociedad misma puede rectificarla; y para complemento de lo misero de nuestra condición, el concepto que se adquiere con el trato de hombres frívolos y superficiales no se desvanece con su alejamiento y su abandono; es necesario el amor de otro hombre superior y virtuoso para esta rehabilitación.

¡Ay! y este amor, doblemente solicitado por mi corazón y por mi tranquilidad, no habría de llegar á mí, calumniada y desfavorecida, y yo no había de volver á buscarle en el mundo ni en la galantería, para no perderme mas.

En este horrible círculo vicioso que inexorablemente me estrechaba, en esta imposibilidad que se alzaba en derredor de mí como un valladar de mármol, mi alma padecía una espantosa angustia, como la de quien al despertar se encuentra enterrada viva en una caverna.

La caverna era mi corazón; la losa de mi tumba mi propia conciencia...

El asedio continuo de este pensamiento, la cavilación incesante de esta situación, desnaturalizando mi carácter

ter y haciendo mas lúgubre mi tristeza, añadieron á mi desfallecimiento un síntoma mas extraño y caprichoso; contraí una alucinación singular: di en figurarme que había vivido mucho tiempo, que mi alma era ya muy vieja...

— *On est vieux quand on va mourir*, murmuró distraído y declamando Javier, y acaricié la mano de su compañera con tan paternal ternura, que la joven, conmovida, no halló motivo para ofenderse de lo que pudiera ser tomado á libertad desmedida.

Había comprendido algo del verso de *Allibaud*, y replicó, acogiendo con bondad la demostración de Javier.

— Sí; creyeron que iba á morir. Mis padres se entregaron á tales extremos de miedo, que yo misma concebí pavor á la muerte. Por curarme, me suscitaban deseos y caprichos; por vivir y complacerlos, los satisfacía. Quisieron que viajara; me llevaron á Italia. Halagando mi gusto por la elegancia, hubieran podido arruinarse por darme adornos y muebles. Para que yo tuviera lindos caballos, pusieron á contribución las mas afamadas casas andaluzas y hasta los aduares beduinos.

Porque empecé á gustar de versos y novelas, tuve una biblioteca; y á pesar de mi mala voz de contralto, se pagaron con esplendor mis lecciones de solfeo.

Todo esto, sin embargo, exasperaba la disposición de mi ánimo. Los ejercicios y pasatiempos, los adornos y los prendidos podían hacerme parecer mas frívola, y no era así como había de rectificar mi opinión. Las lecturas me entretenían; pero preocupando demasiado mi espíritu, exageraban mi tristeza, y por otra parte debía yo poner cuidado sumo en que no añadieran á mis calificaciones el dictado de bachillera.

Mis viajes me distrajeran sin duda, pero mi distracción no pasaba de los ojos. Para la admiración de los monumentos y de las ruinas se requiere una instrucción mas profunda; y por lo que toca al corazón, no es Italia tal vez, á pesar de los encantos de su buena sociedad, el país mas á propósito donde una española pueda olvidar los caracteres del suyo.

Aquella correría, sin embargo, fué provechosa para mi salud, ya que no tanto para mi espíritu, y de vuelta á mi ciudad natal, mi constitución se había fortalecido, reconociéndome otra vez en disposición de sostener aun por mucho tiempo la lucha de sentimientos y de propósitos que se daban en mi corazón tan recia batalla. Mis padres pensaron entonces en otro modo de disipar mi melancolía y de dar ocupación á mi existencia.

Trataron de casarme. En mi calidad de hija única, debían creer que mi matrimonio no había de privarles de mi compañía. Yo adivinaba su pensamiento, pero difícilmente hubieran llegado á término de hacerme ninguna indicación, si no se les hubiera presentado naturalmente la ocasión de proponérmelo.

Acertó á pasar por nuestra ciudad un joven primo mio, que regresaba de un viaje á los Estados Unidos. Establecida su familia en una de nuestras provincias septentrionales, y en posesión de una mediana fortuna, Enrique no había querido seguir el comercio, ocupación primitiva de su padre.

Desde niño, había sido estudioso, grave, meditabundo; desde la niñez había oído hablar de mí á los suyos. Era yo para él como una heroína de novela, y al hospedarse en nuestra casa, confesó que en su arribo á nuestras playas, mayor parte había tenido el deseo de verme, que la curiosidad de conocer nuestra deliciosa tierra. La impresión que le causó mi conocimiento fué tanto mas viva, cuanto mayor había sido la semejanza de cómo me habían pintado á sus ojos, de lo que era cuando se presentó á los míos.

Enrique no había tratado familiarmente á ninguna joven. Mas reservadas las de su país y criado él lejos del trato de amigas y parientes, nunca habían sonado en sus oídos palabras de confianza y de ternura.

Había navegado, había viajado mucho. El estudio de la historia, la observación de los pueblos, la contemplación de los fenómenos celestes y el espectáculo de las maravillas de la naturaleza habían absorbido completamente las facultades de un alma mas contemplativa que afectuosa.

Llegó á mí con la pureza de su corazón y de sus impresiones; serio como un filósofo, taciturno como un marino, pero con las apariencias de la altivez orgullosa propia de los que dan solemnidad á todas las circunstancias y accidentes de su vida.

Respetuoso como un paladín de las leyendas caballerescas, empezaba por tenerse á sí mismo un respeto que podía dar lugar á la estimación, pero que, contrastando notablemente con nuestras costumbres meridionales, excluía la confianza.

Yo le acogí con bondad, pero con reserva; con circunspección, pero con placer y casi con esperanza. Pensé que aquel deseo tan vivamente alimentado de encontrar un hombre de elevación, de talento, de dominio, de superioridad á lo menos, podría verse satisfecho.

La disposición de mi alma, á poco que él supiera aprovecharla, no podía ser mas favorable. Mi propia reserva debía revestirle de todo lo que le faltara para completar el ideal de sus nuevos deseos; pero faltábale demasiado á su carácter para elevarse á la altura de mis ilusiones, y sobraba no poco al mio para su educación y para sus hábitos.

Por mas parca y severa que con él me mostrase, no habían sonado nunca en sus oídos palabras de tanta ternura y confianza. Si los dos hubiéramos empezado por ser amigos, tal vez hubiéramos llegado á comprendernos; pero él empezó por enamorarse profundamente, y desde aquel momento ya no pude seguirle en la carrera de su pasión.

El temor de no corresponderle me quitó la posibilidad de hacerlo. Su vehemencia me asustó. No había visto yo á nadie hacer del amor un asunto tan grave, tan importante. No lo hubiera extrañado en una persona mas ardiente; pero su alma no la encontraba yo bastante entusiasta, su pasión no me parecía bastante dramática para abrogarse el derecho de ser tan solemne, tan absoluta.

Parecía como que aquel hombre no diese tanta importancia á su pasión por ser yo el objeto, como por ser suyo el amor que sentía, y llegué á sospechar que ponía en quererme el mismo ardor y la misma tenacidad con que se hubiera propuesto el estudio de una ciencia ó el cumplimiento de una obligación honrosa.

Debo confesar, sin embargo, que ninguno me había hecho concebir una idea tan alta y aventajada de mí misma en particular, y de la mujer en general; ningún hombre había levantado mi juicio hasta el conocimiento de los deberes bajo el punto de vista de la familia y de la sociedad; ninguno tampoco me había hecho comprender los encantos de una conversación sostenida por una razón sólida, y estimulada por el aprecio mutuo de cualidades distinguidas, de prendas superiores.

Era yo para él la mujer como él quería que las mujeres fueran; no como creía que ordinariamente eran. El era para mí, como había pensado yo que serían muchos hombres; pero la mayor parte de las mujeres le hubieran colocado en un grado muy superior al que yo le asignaba.

Contribuyó á este concepto una circunstancia singular de su conversación y de su vida. La mayor parte de sus ideas, de sus observaciones, de sus doctrinas y de sus frases, no eran suyas propias; no abrigaba él mismo la presunción de atribuírselas, y empezaba por declinar el mérito de su originalidad.

Había tenido un amigo que había influido poderosamente en su existencia, en su entendimiento, en su carácter y en su corazón. Tanto como amigo tierno, había sido su institutor, su guía, su oráculo. La imagen de aquel hombre, perdido ya y malogrado en nuestras revueltas políticas, había quedado en su memoria con una veneración religiosa. El me la comunicó.

Había dejado en su poder una voluminosa correspondencia, gran número de producciones poéticas y muchas obras filosóficas, ya bosquejadas, ya medio concluidas. Conservábalas Enrique mas religiosamente que los hebreos sus libros santos. Aquella era su doctrina, su moral, su filosofía.

Cuando me hubo revelado aquel hombre, me hizo conocer su tesoro. Lo era sin duda. Tuve la presunción de creer que yo le apreciaba mas, que le comprendía mejor. Las páginas de aquella persona desconocida que había vivido pocos años antes, que tal vez había pasado á mi lado, que había participado de nuestra existencia y de nuestra vida, fueron por mucho tiempo el alimento de mi espíritu, pero mas todavía el de mi corazón.

Enrique había recibido solamente el reflejo de su sabiduría, solo había hablado á su razón su exactitud y su severidad; pero yo no había encontrado nunca reunido á tanto saber tanto fuego, á tan alto juicio tanto entusiasmo, á tanta severidad tanta ternura.

Me empapé en aquellas ideas, me alimenté dia y noche de aquellas páginas, que, con no estar impresas, eran exclusivamente mías: bebí los pensamientos de aquella inteligencia, dí á la memoria los himnos ardientes, incorrectos y solitarios improvisaciones de aquel poeta, hice mi ideal de aquel carácter y me apasioné en espíritu de aquel ideal.

Enrique me parecía tanto mas eclipsado por el astro que le prestaba su lumbre, cuanto que su amigo había desaparecido del mundo despues de ser horriblemente desgraciado, y él era feliz y vivía completamente satisfecho.

Por eso, si yo no podía tratar á Enrique, desde que le conocí, como á los demás hombres, tampoco podía tenerle por el ídolo de mi adoración, desde que mi imaginación había dilatado su círculo, no con una fantasía, sino con una realidad, que no podía ser única.

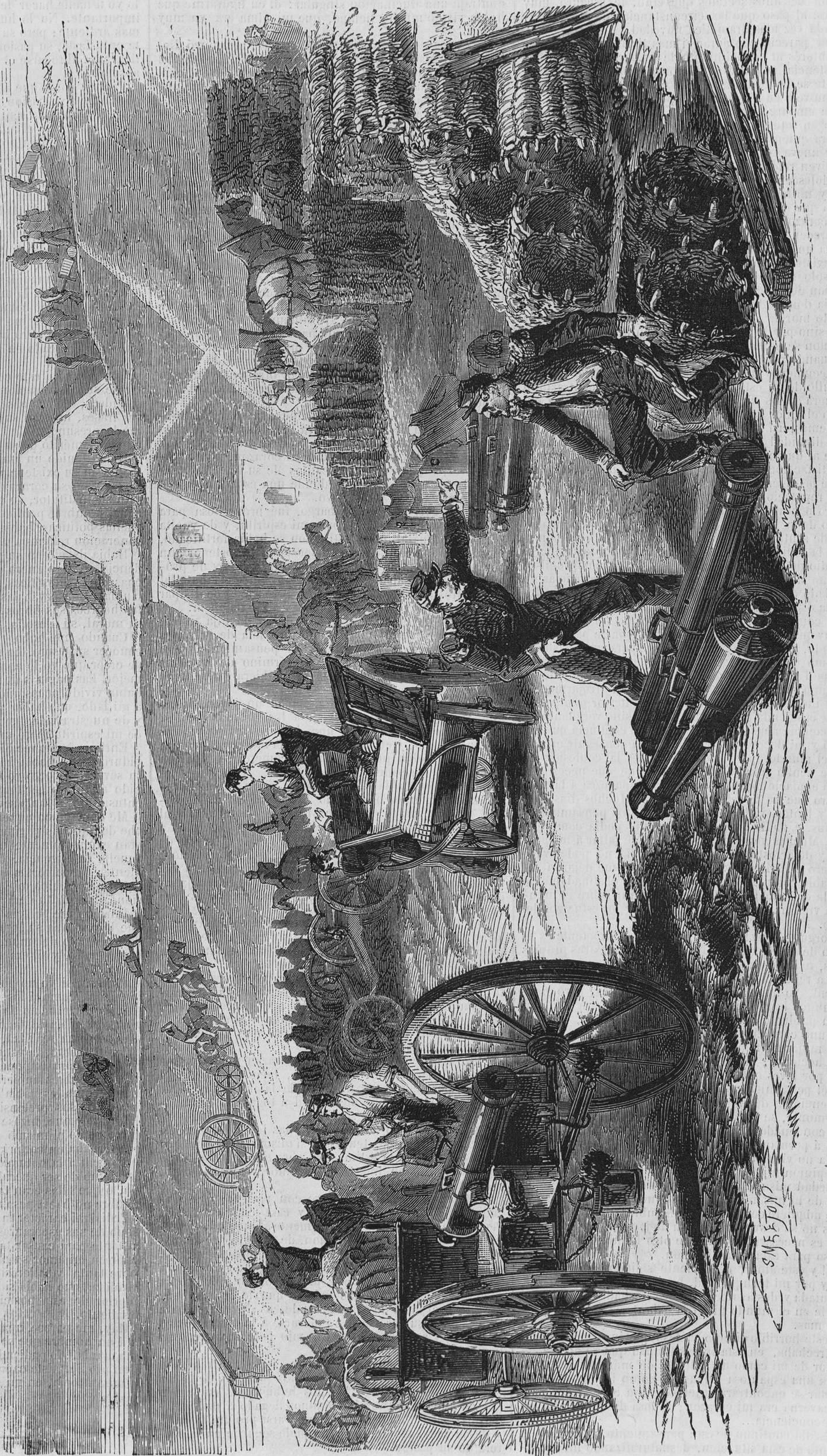
Sin embargo, la estimación de Enrique era bastante profunda para imponerme graves obligaciones. A los demás hombres hubiera podido despedirlos tan frívolamente como los había admitido; romper con Enrique, desde que sus pretensiones tomaron un carácter decidido y solemne, hizose para mí asunto tan grave y tan árduo como el mismo empeño que contraía cada hora que tardaba en cortarlas.

Yo pedí á la naturaleza fuerzas para amar á quien era tan digno de ser querido; yo no sé si fué que no las tenía, ó que ellas eran tan grandes, que el afecto de aquel hombre no hacía peso en ellas.

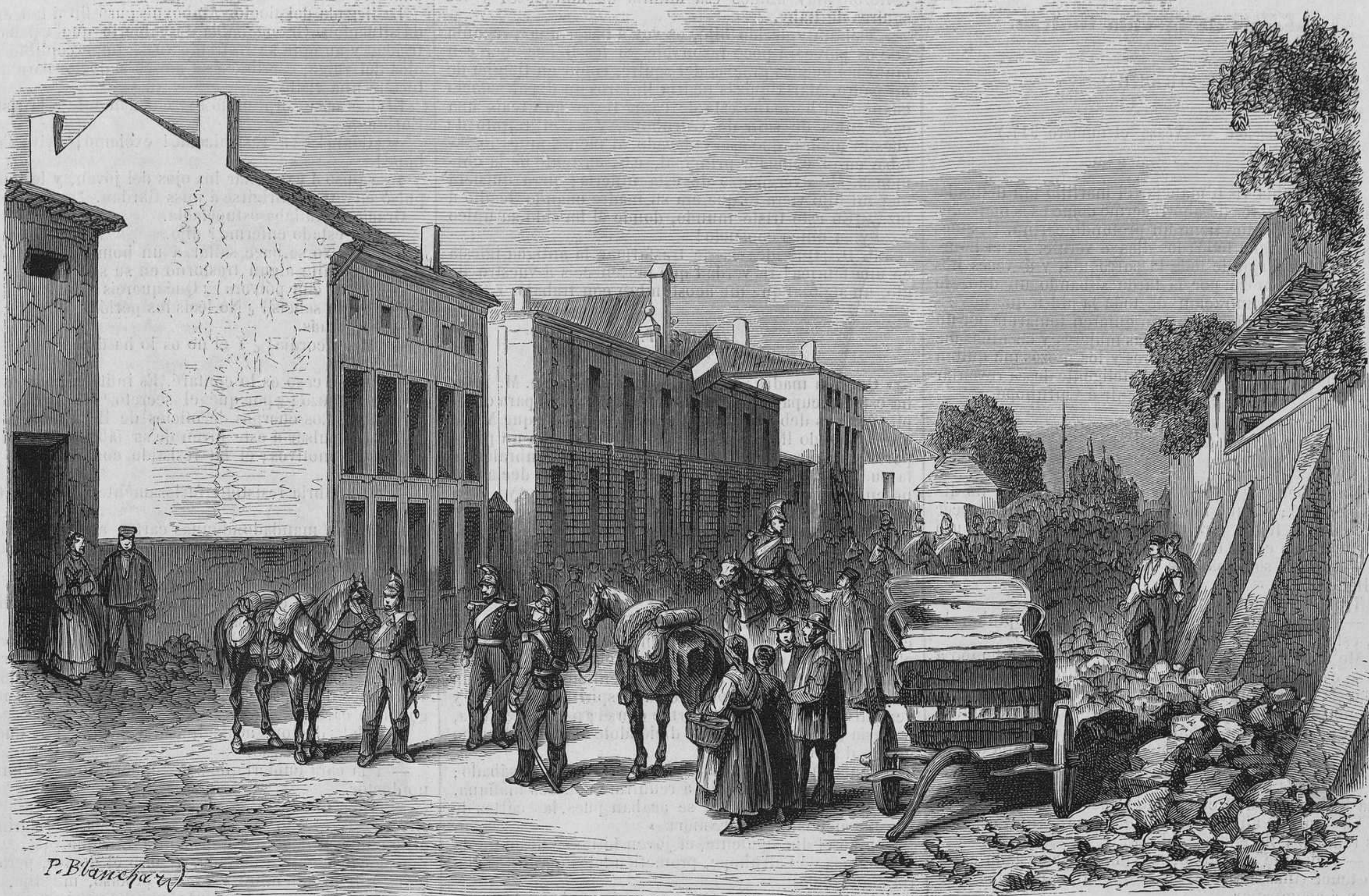
Pedí á mi carácter la dureza necesaria para cortar el vuelo de sus esperanzas, y me encontré sin la decisión bastante para causar tan grande aflicción á quien iba á tener en mi amor su primer infortunio, para dejar caer sobre tanta caballerosidad y delicadeza todo el peso de frivolidad que había sido el crimen de mi vida. La lucha interior de esta posición falsa aumentó mi tristeza y desaliento.

Hay, me parece, una comedia antigua, en que se pinta á un hombre que se aborrece á sí mismo. Contraí esta manía. No pudiendo aborrecerle á él, dí en odiarme á mí propia. Este capricho del alma, mas lúgubre que la misantropía, en mi situación fué mas funesto.

(Se continuará.)



LA GUERRA. — Armamento del fuerte de San Julián, cerca de Metz.



LA GUERRA. — La aldea de Sierck, cerca de Thionville, frontera francesa.



PARIS. — Los alistamientos voluntarios.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 917.)

» Nunca había visto manejar el martillo tan delicadamente; pero en vez de aborrecerme como esos malvados de Hillsborough, me tiene un profundo cariño. Después de su trabajo viene todos los días á verme. Es el hombre que silba mejor de toda la parroquia, y á veces nos paseamos del brazo por la tarde silbando un dueto, lo que excita la admiración de toda la aldea que nos sigue. Lo más extraño es que no quieren tomarme por un obrero; me llaman « señor, » las mujeres y las niñas me hacen reverencias, y los hombres y los mozos me quitan el sombrero. Si un trabajador inteligente desea reventar de vanidad, no tiene más que venir á Cairnhope. »

(NÚMERO 5.)

« Marta Dence y yo hemos tenido una riña, y no diriais por qué; porque me he permitido dar mi parecer acerca de M. Raby. Era prender un incendio. Se puso tan encarnada como un tomate y me dijo:

» — ¿Quién sois vos para hablar mal de un Raby á un Dence?

» Traté de calmarla, pero en vano.

» — No me habéis, prosiguió, tenía otra opinión de vos, estamos reñidos.

» Me incliné ante la tempestad y para dar tiempo á que se calmara, cumplí con vuestro deseo y me fui á visitar la iglesia de Cairnhope. ¡Curioso monumento! Pero no pude entrar, y luego supe que M. Raby es quien guarda la llave. Ahora bien, como no se puede decir ni hacer nada sin que al instante se sepa en toda la aldea, Marta Dence me esperaba en el umbral de la puerta.

» — Podiais haberme avisado que queriais ver la antigua iglesia, me dijo con un tono seco.

» Yo tomé un aire contrito y la recordé que estábamos reñidos y no podía hablarla.

» — ¡Oh! me respondió, la vida es demasiado corta para tener riñas largas. Esperadme cinco minutos, que os voy á acompañar.

« Esperé cuarenta y cinco y se presentó por fin tan engalanada, que naturalmente era imposible ir á la antigua iglesia sin dar un rodeo por el lugar y encargar una libra de carne en la carnicería.

» Para llegar á la antigua iglesia preciso fué pasar por delante de la casa del oso viejo. Marta entró y volvió á salir luego con la llave.

» — El squire me ha declarado, dijo la jóven, que si yo no me llamara Dence, no me la habría confiado jamás, aun cuando se la hubiera pedido de rodillas.

» Entramos en la iglesia, donde pasé una hora examinando y copiando inscripciones para vos; pero cuando tomé en la mano una placa de cobre suelta para tratar de descifrar el grabado, Marta trémula exclamó:

» — ¡Oh! dejad eso, dejadlo, he prometido al squire que no tocariais á las placas.

» ¿Qué podía yo hacer, querida madre? La pobre muchacha estaba en áscuas. El viejo la ha hechizado, así como á su padre, y les ha inspirado un afecto supersticioso que no puedo menos de respetar, á pesar de que me parezca absurdo. Dejé, pues, la placa y me abandoné á mis reflexiones.

» ¡Qué vergüenza! qué lástima que un edificio de tanta importancia esté abandonado! Si fuera mio trasportaria cuidadosamente todos los monumentos que encierra, todos los huesos, etc, á la iglesia nueva y haría de la antigua una fábrica ó un depósito de mercancías, algo que fuera útil. »

(NÚMERO 6.)

« Mi querido Enrique: vuestras alegres cartas hacen mis delicias y me consuelan de nuestra separación, pues ellas me prueban que vuestra salud se fortifica de día en día, lo que me hace muy dichosa, aunque sin vos no pueda serlo nunca enteramente.

» Vuestra última carta era muy divertida; pero de todos modos me ha hecho reflexionar largamente, y luego algunas amistosas observaciones del doctor Amboyne, que ha venido á verme ayer, han contribuido á dar esa dirección á mis pensamientos. El tiempo ha suavizado el terrible golpe que me separó de mi hermano, y principio á preguntarme si no habré tenido yo alguna culpa; quizás le juzgué con excesiva prontitud, y no tuve en cuenta más que un aspecto de la cuestión. Sea como quiera, deseo que vos, que sois un hombre, useis de vuestro arbitrio, y que no juzguéis con demasiada severidad esa malhadada contienda de familia. ¡Ay! querido hijo, quien dice contiendas de familia, dice desgracias de familia: ¿por qué se han de transmitir de una generación á otra? ¿Por qué os extraña el cariño de Nathan y de sus hijos á M. Raby? Había olvidado que se llamaba Dence. A pesar de sus extrañezas, mi hermano es un hombre caballeresco y de principios elevados; su palabra es cosa sagrada para él: jamás abandona á un amigo, por oscuro que sea, y recuerdo haber oído decir á

mi querido padre, que durante muchas generaciones estuvieron muy unidos esa familia de labradores y los squires de Raby.

» Y ahora, querido hijo, os voy á hacer una pregunta que os parecerá poco razonable. Si los Dence merecen tanto las buenas gracias del squire, como en tiempo de mi padre, Marta quizás podría llevaros un día al palacio cuando mi hermano está de caza. Deseo que veáis una cosa antes de salir de Cairnhope, y es el retrato de vuestra madre, que está colocado, al menos antes lo estaba, en el comedor principal, casi enfrente de la chimenea. Me avergüenzo de esta niñería; pero quisiera que mi hijo viera lo que era su madre cuando le dió á luz... ¡En este triste mundo, donde él ha sido su único gozo y su único consuelo!

» P. D. ¡Qué idea la de transformar la antigua iglesia en una fábrica! Es verdad que pertenecéis á vuestro siglo, un siglo al que me acostumbro con trabajo. »

(NÚMERO 7.)

« Querida madre: he estado en Raby-house. M. Raby ha estado ocupado todo el día en Hillsborough para cumplir con sus deberes de magistrado, de modo que Marta me ha podido llevar allá, y su nombre ha sido un pasaporte para nosotros. Al poner el pié en los umbrales de la puerta, vacilé, porque una voz interior me decía que no entrara, que era la casa de un enemigo. ¡Ay! Bien quisiera haberla escuchado.

» He visto pues, vuestro retrato, que es precioso, y sobrepuja en belleza á todas las mujeres que yo he visto. Debía ser vuestra imagen verdadera, pues todavía se os parece mucho, solo que entonces os hallábais en la flor de vuestra juventud.

» Y ahora, querida madre, que he hecho algo por vos contra mi gusto y mis sentimientos, os pido que hagais algo por mí, y es no mencionar jamás en mi presencia el nombre de M. Raby. No es un gentleman, no es un hombre, es un ser imposible, de espíritu mezquino y vengativo. Evitaré encontrarme con él; pero si le viera, le daría una buena lección, diciéndole el motivo que no quiero decirlos á vos.

» Tenía intenciones de estarme aquí hasta el sábado; pero ahora estoy decidido á reunirme con vos mañana, mi querida madre. Aquí se acaban pues, las cartas de vuestro afectísimo, — ENRIQUE. »

Venido el día siguiente, el jóven Little se despidió de sus amigos de Cairnhope, prometiéndoles que les visitaría algún domingo.

Pidió prestado un bastón á su amigo el herrador, y se puso en marcha con su maletita á la espalda, sereno de cuerpo y de ánimo, y dispuesto á esperar los acontecimientos.

Aquel mismo día Jael Dence debía ir á Cairnhope, según lo había pedido.

Había hecho su cofre y le había bajado al vestíbulo, en donde el mensajero debía venir á buscarle á la una. Para ella cuatro millas en omnibus y las otras siete á pié, no eran nada.

Presentóse en la sala con su sombrero y su pañuelo para despedirse de miss Garden. Dos amigas se habrían separado en menos de cinco minutos, pero las dos jóvenes tardaron más; siempre tenían algo que decirse, y Jael charlaba hacia media hora, cuando de repente exclamó sonrojándose:

— ¡Ah! ¡Está ahí!...

— ¿Quién? preguntó Gracia.

— El jóven moreno, está allí en la reja... Y yo que voy á marcharme, añadió con voz desfallecida.

— ¿Y por qué os marchais antes de qué haga la visita? Sentaos; no teneis necesidad de quitaros el sombrero.

Miss Garden se sentó también, tomó su labor y se dispuso á recibir á su maestro de escultura como lo merecía, lo que hizo comprender á Jael con una mirada expresiva, justo en el instante en que entraba Enrique con el semblante animado por el ejercicio, y en todo el esplendor de su varonil hermosura.

Miss Garden le saludó con un aire glacial; pero Jael, sonrojándose de placer, le dirigió una mirada de dulce reconvencción. ¡Parecía tan cruel verle allí cuando salía ella!

Esta recepción turbó un poco al jóven.

Sin embargo, supo dominarse, y dijo con un tono frío y cortés, que ciertas circunstancias desagradables le habían obligado á ausentarse; pero que contaba ser más exacto en lo sucesivo.

— No consultéis más que vuestra propia comodidad, dijo miss Garden, venid cuando no tengais otra cosa mejor que hacer, sin violentaros.

— En ese caso vendría siempre.

Gracia hizo como si no hubiera oído estas palabras. — ¿Os gustaria ver la traza que yo tengo con una sola ceja? dijo la jóven. Jael, hacedme el favor de traer el busto.

Así que se quedó solo con miss Garden, Enrique tomó un tono humilde y comenzó á excusarse por su ausencia.

Probablemente habría dicho toda la verdad si le hubiesen alentado un poco; pero no recibió más que la fría seguridad de la escasa importancia que daban al asunto.

Esta injusticia, que á sus ojos era ingratitud, le oprimió el corazón. Mordióse los labios, continuó su trabajo con aire triste, y permaneció silencioso.

Jael, que se había sentado cuando trajo el busto, estaba temblando, porque en aquella falta de conversa-

cion temía que miss Garden la dijera que ya podía marcharse.

La llegada del doctor Amboyne puso fin á tan apurada situación. Gracia había descubierto que estaba resfriada, y aunque su resfriado fuese imperceptible á los ojos del vulgo, escribió á su amigo el doctor para que la hiciera una visita.

El doctor se sorprendió extremadamente á la vista de Enrique.

— ¡Cómo! ¡Ya restablecido! exclamó; ¡viva Cairnhope!

Y se puso á examinar los ojos del jóven, y le tomó el pulso en vez de dirigirse á miss Garden.

Gracia se hallaba estupefacta.

— ¿Ha estado enfermo? dijo.

— ¡Ah! No se hace saltar á un hombre con pólvora sin que resulte algún trastorno en su sistema nervioso.

— ¡Saltar con pólvora! ¿Qué quereis decir?

— ¡No lo sabeis? ¿No leéis los periódicos?

— No, jamás.

— ¡Misericordia! ¿Y él no os lo ha dicho?

— No.

— En ese caso os lo contaré. Es inútil hacerme señales, buen mozo; ¿por qué el secreto? Hé aquí lo que ha pasado. Los cuerpos de oficios de Hillsborough han querido expulsar á este jóven de su fábrica. Sería largo decirlos los motivos; él ha resistido con dulzura, pero con entereza.

— ¡Yo habría resistido furiosamente! exclamó Gracia.

— Le han mandado algunas cartas amenazándole, y por último, un infame miserable, ha puesto pólvora en el hornillo de su fragua, que al hacer explosión, le ha lanzado por la ventana de un segundo piso.

— ¡Oh! ¡oh! exclamaron Gracia y Jael, cubriéndose el rostro con las manos.

— ¿Para qué esas exclamaciones? dijo el doctor, puesto que le veis completamente restablecido. Pero os aseguro que tenía un aspecto muy distinto cuando le ví después de la catástrofe, magullado, arañado y negro como un carbon...

— ¡Oh! ¡doctor! acabad, os lo ruego. ¿Por qué no no habeis dicho eso?

— Y la cara cubierta de sangre, continuó el inhumano doctor.

— ¡Dios mio!

Y Gracia con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, dirigió una mirada de compasión á Enrique.

— Estaba muy inmutado, repuso el doctor, pero no tenía ningún miembro roto. Es preciso, me dije, que duerma, ó se volverá loco, y como era casi seguro que no dormiría en la ciudad donde había sido víctima de semejante atentado, le llevé al campo, á un sitio tranquilo, y le confié á los cuidados de la mejor de las criaturas, á Marta Dence.

Jael arrojó una exclamación de sorpresa que llamó la atención de todos.

— Sí, miss Jael, dijo Enrique, os lo iba á decir. He pasado unos quince días con vuestra familia, y aunque viviera un siglo no olvidaría las bondades que han tenido conmigo. Dios se lo recompensará.

— Era lo menos que podían hacer, murmuró Jael.

— ¡Cuánto siento que os marchéis! repuso Enrique. Me hubiera gustado hablaros de vuestro padre, de Marta y de Jorge el herrador. Doctor, ¿habría alguien que quisiera vivir en una ciudad después de haber vivido en Cairnhope?

Los dedos temblorosos de Jael desataron las cintas de su sombrero, y dirigiendo á Gracia una mirada de súplica balbuceó.

— ¿Puedo quedarme hoy todavía, miss?

— Seguramente. Os dará todas cuantas noticias deseis de vuestra familia, y será como si la fuérais á visitar.

Jael se quitó el sombrero inmediatamente.

— Que os cuente la historia el mismo héroe de ella, dijo el doctor, pues yo me he de marchar en cuanto haya recetado. ¿Qué teneis?

— Nada, recetad, doctor. Soy una tonta, seguid recetando. No leo los periódicos; seguid recetando.

— Receto, pues, *el Liberal* de Hillsborough, que ha publicado un largo relato de este atentado y ha enseñado las uñas á los cuerpos de oficios. Y si tuviera que dar algún consejo á una jóven como vos, la diría que en adelante leyera los periódicos. Son, comparados con los libros, lo que son las máquinas comparadas al trabajo manual. Pero en este caso subid hasta el origen, y pedid á M. Enrique Little, aquí presente, que os cuente su trágica aventura con todos sus detalles.

— ¡Ah! ¡si quisiera hacerlo! dijo Gracia mirando á Enrique. Pero no es nada comunicativo con nosotros. ¿No es verdad Jael?

— No, miss.

— Ni siquiera nos ha dicho su nombre, ¿no es verdad Jael?

— No, miss. Es muy reservado.

— Hacedle hablar, dijo el doctor. Vamos, sois dos, seguramente del mismo parecer. Si no lograis lo que quereis, no hareis honor á vuestro sexo.

Y apretándoles á los tres la mano, el doctor salió en busca de su coche.

— Jael, dijo miss Gracia, haced el favor de llamar.

Un criado entró.

— Si viene alguien direis que no estoy, dijo la jóven. Tanto peor para los que me vean en la ventana, continuó después de haberse marchado el criado. Y ahora, M. Little, os escucho.

Enrique, conformándose con sus deseos, le contó toda

la historia, excepto las amenazas que habian hecho contra ella. Así se pasaron dos horas. ¿Cuál es el hombre tan exento de egoísmo que no se complazca en contar sus aventuras á jóvenes bonitas y simpáticas. Enrique les leyó tambien algunos fragmentos de cartas anónimas. A medida que hablaba, palidecian y se sonrojaban á un tiempo, y sus hermosos ojos brillaban de indignación. Enrique habló con moderación y se abstuvo de emplear epítetos. Miss Garden fué la que en ciertas ocasiones interrumpió exclamando: ¡Villanos! ¡infames! ¡miserables! ¡monstruos! Una vez hasta se levantó, diciendo que no podía soportar semejante infamia.

— Veo lo que es, dijo, ese Jobson es un hipócrita. Le detesto; y Parkin vale todavía menos que él. En cuanto al culpable, espero que Dios que lo ha visto le castigará como merece. Pero lo que yo quisiera sería matar á Jobson y á Parkin uno tras otro. ¡Seguramente que merecen la muerte, monstruos!

Jael, incapaz de expresar los sentimientos que la sofocaban, apenas respiraba: sus dedos estaban convulsivos.

Cuando Enrique concluyó su relato, exclamó tristemente:

— Tanto desprecio, como á vos, me inspiran esas gentes, pero son demasiado numerosos para mí. Me veo obligado á salir de Hillsborough.

— ¡Cómo! ¿os dejaríais expulsar por esos miserables? Si yo fuera hombre no lo permitiría nunca.

— ¿Qué haríais? preguntó Enrique.

— ¿Lo qué haría? Lucharía, vencería, los mataría. No son mas que infames hipócritas. Opondría la astucia á la astucia. Cambiaría de casa todas las semanas; encerraría con llave todas mis herramientas. Consultaría algunos hombres sensatos, tales como el director del *Liberal* y el jefe de policía. Llevaría armas de fuego y velaría de noche y de día por mi seguridad; pero no se diría que habian logrado expulsarme de Hillsborough.

— Teneis razon, dijo Enrique, haré lo que me aconsejais y no me dejaré expulsar de Hillsborough. Quiero quedarme ó morir. Nunca me mareharé.

Estas palabras fueron casi las últimas que cambiaron aquella tarde, tarde feliz en la que el sentimiento de su propia injusticia, la naturaleza conmovedora de la historia contada por el mismo héroe, y ante todo la emoción no disimulada de otra mujer simpática, disiparon la fría reserva de Gracia Garden hacia él, y la hicieron traspasar ciertos límites que hasta entonces habia observado estrictamente en sus relaciones con el joven obrero.

Enrique tambien sintió que aquel día sería memorable en su amor. No sabia lo que le pasaba de gozo, al salir de Woodbine-villa.

Se dirigió á la primera estacion de coches, se hizo llevar á casa de su madre, y al poco rato la abrazaba.

Habia pasado Mrs. Little algunas horas malas viendo que tardaba, pero no se lo dijo, y habia preparado todo para recibirle y festejarle. Encima del aparador habia algunos manjares de los que él prefería, el servicio de té, y hasta la tetera de plata, la cual no servía mas que en las grandes ocasiones.

Mrs. Little tenia que preguntar una porción de cosas á su hijo; mientras comía, la pobre madre, apoyada en su sillón, se complacía en mirarle y en oírle hablar. Sus hermosos ojos brillaban de gozo y se alegraba al pensar que pronto volvería á Londres con su Enrique.

En el transcurso de la mañana sacó un gran cofre y dijo á su hijo:

— Enrique, creo que haré bien en empezar á empaquetar las cosas, pues ya sabeis que no soy tan lista como vos.

Enrique se sonrojó.

— ¿Empaquetar? repitió titubeando; pero si no nos vamos á marchar.

— ¡Cómo! ¡no nos vamos á marchar! ¿Pues no estábais decidido á causa de esas terribles uniones?

— ¡Oh! estaba enfermo, nervioso y desanimado; pero el aire de Cairnhope me ha fortalecido. Me quedaré aquí y haré nuestra suerte.

— Sí, pero el aire de Cairnhope no os ha reconciliado con los cuerpos de oficios.

Mrs. Little reflexionó un momento, y preguntó luego á su hijo á qué hora habia salido de Cairnhope.

— A las once.

— ¡Ah! ¿Y á dónde habeis ido antes de venir aquí?

— Me preguntais como á un niño.

— Perdonadme, querido Enrique. Contestaré yo misma á mi pregunta. Habeis visto á alguien que os ha aconsejado mal.

— ¿Lo creéis?

— ¡Alguna mujer!

— Decid una señora.

— ¿Qué me importa? exclamó impetuosamente Mrs. Little. Todas son nuestras enemigas, y esta lo es para vos. Es una mujer que no es vuestra madre, pues lo que piensa mas en ella que en vos.

VII.

LAS CONSECUENCIAS DE UNA EXPLOSION.

Enrique tenia ahora que escojer entre los consejos de su madre ó los de miss Garden, que eran para él órdenes. Esta alternativa le puso de mal humor, y dejó á su madre para irse á la fábrica.

Bayne le hizo muy buena acogida, y despues de cambiar algunas palabras, le entregó dos paquetes de periódicos, diciéndole que habia ofrecido presentarlo al director del *Liberal*; luego le rogó que le esperara en el despacho, diciendo que no tardaría en volver.

El *Constitucional*, daba un pequeño relato del atentado y deploraba la frecuencia con que se repetían aquellas escenas violentas.

El *Liberal*, despues de haber hecho una dramática narración, decía que el autor del crimen debia haberse colgado de una cuerda atada al borde del tejado para arrojar dentro la pólvora sin entrar. «Ha expuesto su vida, añadía, para cometer este crimen, y se ha expuesto tambien á diez años de presidio. Para que este doble peligro no le haya hecho desistir de su proyecto, es preciso que haya tenido un gran motivo, y este motivo no puede ser otro que una violenta enemistad personal ó alguna rivalidad de oficio.»

Al día siguiente, los dos periódicos hablaban de una reunion que los cuerpos de oficios habian tenido en el *Sol naciente*, y donde algunos delegados de las dos sociedades de cuchilleros y fabricantes de mangos, y algunos otros representantes de otras sociedades obreras de Hillsborough, habian redactado un acta donde protestaban contra el atentado que se acababa de cometer y proponían á los secretarios ofrecer una recompensa de veinte libras esterlinas á todo el que pudiera descubrir el culpable.

Sobre este punto hacia el *Constitucional* los siguientes comentarios:

«Aunque nunca hayamos creído que las respetables sociedades obreras hayan tomado parte en tan inicua acción, no por eso es menos satisfactorio el ver que no se contentan con el papel pasivo de simples espectadores, sino que gastan su dinero en laudables pesquisas para descubrir y castigar á los culpables.»

Enrique dejó el periódico y sintió una viva gratitud por Jobson y Parkin.

— Al cabo y al fin, se dijo, no son tan malos esos dos hombres.

Luego leyó el artículo del *Liberal*, y joven y generoso como él era, se sintió indignado cuando vió estas reflexiones:

«Aparentemente todo esto honra mucho á las dos sociedades obreras; pero por desgracia, una larga experiencia ha probado que con recompensas ofrecidas no se alcanza resultado alguno, de modo que las susodichas sociedades no arriesgan un chelín. En toda función de teatro al drama sigue el sainete, y lo mismo sucede en los actos sanguinarios que se cometen en Hillsborough, nunca dejan de traernos magníficas protestas y ofertas de traidoras recompensas muy desproporcionadas con la gravedad del crimen: el único resultado de la comedia es desviar la atención de la única clase de investigación que pueda descubrir á los autores de su tragedia. El espíritu tiene la avidez de la curiosidad y quizás los delegados de esas sociedades acertarán á satisfacerle un día, revelándonos cuál era la naturaleza de la enemistad personal que, segun dicen, fué la causa del crimen; y nos explicarán al mismo tiempo por qué esos ataques infames por medio de la pólvora no se dirigen nunca, en este, como en todos los casos, mas que contra individuos que se hallan fuera de las uniones.»

En esto se hallaba Enrique cuando entró el autor del artículo, seguido de Bayne.

Era un hombre de estatura ordinaria, de ancho y robusto pecho y de semblante agradable.

Distinguíase sobre todo, porque aparecía en su boca la doble expresión de una voluntad de hierro y de una gracia humorística.

Despues de estrechar la mano á Enrique le dijo:

— Deseo haceros una ó dos preguntas sobre vuestro asunto; pero antes me permitiréis que os exprese mi simpatía y la indignación que me inspiran los malvados que han comprometido vuestra existencia.

Enrique le dió gracias, no sin emoción por su cordialidad y su franqueza.

— Responderé á vuestras preguntas, le dijo, con una condicion.

— ¿Cuál es?

— Que no divulgareis mi nombre.

— Es por causa de su madre, añadió Bayne.

— Por eso mismo, dijo Enrique, tuvo la desgracia de perder á mi padre de muerte violenta, y ya comprendereis...

— Basta, dijo M. Holdfast, no se publicará vuestro nombre. Y decidme, ¿sabe vuestra madre que trabajais aquí?

— Sí, lo sabe.

— En ese caso, tampoco pronunciaremos el nombre de M. Cheetham.

— ¡Oh! mil gracias. Ahora estoy pronto á responder á vuestras preguntas.

— He oído decir que antes del atentado habeis recibido muchos anónimos. ¿Podría yo verlos?

— Sí, por cierto; los llevo siempre conmigo por temor de que caigan en manos de mi madre. M. Bayne, vos teneis los que dirigieron á M. Cheetham.

En menos de un minuto estaba sobre la mesa la correspondencia anónima.

M. Holdfast puso las cartas por fechas, las recorrió y tomó algunas notas.

— ¡Qué comedia! dijo; nada falta aquí, si no es el desenlace. ¿Pensais, M. Bayne, que algun otro manufacturero pueda enseñarme otra correspondencia como esta?

— No hay uno que no pueda hacerlo, no hay una fábrica en estos contornos que no tenga legajos de esas

cartas y la misma historia que contar á los que lo deseen.

Los ojos de M. Holdfast echaron chispas.

— Pues voy á dar una vuelta, dijo, y M. Little será bastante amable para acompañarme. En el camino os haré mis preguntas. Yo solo hago todo el periódico y así sucede que siempre me falta tiempo. Vamos.

M. Cheetham debia ir á la fábrica por la tarde.

Cuando Enrique volvió, despues de haber dejado á M. Holdfast, le encontró con Bayne mirando con aire desesperado una docena de pedidos de herramientas para esculpir.

— ¡Ah! me alegro mucho veros, joven amigo; pareceis con mejor salud que nunca.

— Con efecto, me encuentro muy bien, M. Cheetham.

— ¿Supongo que venís á ajustar cuentas y á despediros de mí? preguntó M. Cheetham con un tono entre triste y enfadado.

— Si así lo deseais...

— ¿Si lo deseo? ¿Qué quereis decir?

— Os diré lo que vos me dijísteis hace algun tiempo.

«Sed para mí y yo seré para vos.»

— Seguramente, podeis contar conmigo.

Bayne les miró con aire desesperado y exclamó:

— ¡Cómo, M. Cheetham! despues de vuestra experiencia... y vos, Enrique, os atreveréis á luchar con los cuerpos de oficios, despues de la lección que os han dado?

— Es una razon mas, contestó Enrique rechinando los dientes: hasta morir lucharé.

— Y yo tambien, dijo Cheetham; tanto peor para ellos.

— ¡Que el cielo os proteja! murmuró Bayne sin aliento.

— Me habeis prometido unos postigos con petardos de explosion, repuso Enrique.

— Sí, pero no los quisísteis.

— Es verdad, no los quise antes de que me hicieran saltar.

— Pues bien, mañana tendreis los postigos y yo mismo arreglaré los petardos.

— Muchas gracias. ¿Os negariais á pagar un hombre que hiciera centinela?

— No, si quereis contribuir al gasto.

— Pagaré la tercera parte.

— ¿Y por qué he de pagar yo los dos tercios? Eso no es como los postigos y las cerraduras que forman parte de la propiedad. Sin embargo, tambien podrá ser útil, y luego como habeis perdido una quincena y hay muchos pedidos, trabajad bien y no reñiremos. ¿Teneis que pedirme alguna otra cosa? añadió con cierta inquietud.

— No, estamos de acuerdo: trabajaré bien y mucho. Estaba decidido.

Enrique arrojaba los acontecimientos.

Por la primera vez de su vida casi tenia miedo de hallarse en presencia de su madre. Temía las lágrimas y las reconvenciones, lágrimas que no podría enjugar, reconvenciones que le afligirían; pero que no podrían cambiar su resolución.

Comió en una fonda y de allí se fué á un concierto público para no volver á su casa hasta las diez y eludir aquella noche largas explicaciones.

Mas en el intervalo no habia estado ociosa la imaginación de Mrs. Little.

Hacia tiempo ya que habia adivinado una rival en el corazón de su hijo.

Aquella misma mañana, con una prontitud que podrá parecer extraordinaria á los que no han observado los celos y penetración del amor maternal, comprendió que aquella rival habia persuadido á Enrique que renunciara á su propósito de salir de Hillsborough.

De aquí sacó en conclusion que aquella joven amaba á Enrique (¿quién no le habria amado?), que á su vuelta de Cairnhope se habia arrojado en sus brazos y que á fuerza de instancias le habia hecho prometer que se quedaria.

Esta era la teoría de la madre; teoría errónea, pero muy natural.

Y luego se hacia estas preguntas:

¿Qué partido debia tomar? ¿Debía combatir contra la juventud y la naturaleza? ¿Debía arrostrar el perder en esta lucha una parte del cariño y de la confianza que siempre la habia manifestado su hijo?

Mientras se entregaba á estas reflexiones dieron las siete y no llegó Enrique: luego dieron las ocho y las nueve.

— ¡Ah! exclamó la pobre madre: ¡La única palabra que le dije produce ya ese efecto!

Preparó una cena escogida, y despues se sentó y trató de consolarse leyendo las cartas de su hijo y comparando su amor filial á la conducta tan libre de tantos otros hijos.

A las diez y media Enrique subía la escalera con paso lento, como si vacilara.

Pronto el oído atento de la madre se explicó aquella vacilación que oprimió su corazón; pero se levantó risueña á recibirle.

— Habeis tardado bastante, hijo mio, pero yo he aprovechado el tiempo leyendo todas vuestras cartas y tengo que haceros una porción de preguntas sobre Cairnhope. Ante todo, sentaos y cenad.

El semblante de Enrique se aclaró y comenzó á cenar alegremente, aliviado del peso que le oprimía.

La velada no fué desagradable; pero nada se habló de dejar Hillsborough, pues evitaron hablar del asunto como por un sentimiento tácito.

(Se continuará.)



LA GUERRA. — Cuartel general del general Frossard.